

PUNTO
ROJO



B&B

EL SECRETO DE LAS TUMBAS

mikky roberts

MIKKY ROBERTS

**EL SECRETO
DE LAS TUMBAS**

**1.^a EDICIÓN
DICIEMBRE - 1962**



**EDITORIAL FRUGUERA, S. A.
BARCELONA • BUENOS AIRES • BOGOTÁ**

DEPOSITO LEGAL B 25031 - 1962

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

© MIKKY ROBERTS - 1962

impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1962

N. R. 5048/62

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

623.—Tres muertos. 676.—Llegó con la muerte
711.—Legado sangriento.

En Colección SERVICIO SECRETO:

571.—Intriga diabólica. 574.—El asesino cuidadoso. 583.—Sangre sobre mí.

En Colección BUFALO:

293.—Soplo de muerte. 296.—Plomo anónimo.
395.—Bueno con el revólver.

En Colección CALIFORNIA:

234.—Agente Pinkerton. 247.—Corazón violento. 300.—Falso rural.

En Colección TEXAS:

238.—Fuego y pólvora. 246.—La ley ha muerto.
271.—La ciudad del crimen.

En Colección COLORADO:

93.—Mi medicina es el "Colt". 107.—Río diablo.
129.—Tras las huellas del muerto.

En Colección KANSAS:

126.—Juego sangriento. 137.—La viuda negra.
174.—Muerte a plazo fijo.

En Colección ASES DEL OESTE:

41.—Un caballero del Sur. 112.—Tejano y testarudo.

En Colección BRAVO OESTE:

5.—La caricia del cáñamo. 15.—El peor hombre de Kansas. 100.—Sin piedad.

En Colección PUNTO ROJO:

10.—Plástico. 17.—Desde el Más Allá. 25.—Red de traidores.

El secreto de las TUMBAS

por
MIKKY ROBERTS



CAPÍTULO PRIMERO

Kenny Abbot agitó el alto vaso gozando con el cristalino tintineo del hielo que flotaba en el *whisky*. En contraste con el calor exterior la frialdad del vidrio en las yemas de sus dedos era como una promesa de confort. Fuera del bar refrigerado del hotel del Nilo, en Asuán, la arena del desierto se amontonaba en los lugares a los que no llegaba la humedad del río. Aquél era un mundo inhóspito para quienes no habían nacido a su amparo. Calor durante el día, frío en la noche, y siempre la arena, invadiéndolo todo como una maldición.

Ése era el Egipto milenario. El Nilo y la arena apenas habían cambiado desde que los faraones erigieron sus pirámides para perpetuar su vida en el Más Allá, dentro de esos fabulosos túmulos funerarios. Las gentes, los campesinos, los mendigos, los comerciantes eran descendientes de aquellos mismos que habían languidecido a la sombra de los muros de los templos donde se acumulaban todas las riquezas. Y, más o menos, seguían igual.

Kenny bebió parte del licor que quedaba en el vaso, ahora más aguado. Había terminado el trabajo de la jornada y su única preocupación en aquel instante era mantener su vaso siempre con licor y sostener aquel mudo diálogo con Fawzia, en el rincón opuesto del bar.

Volvió a mirarla. Era una egipcia que merecía un trono en cualquier dinastía faraónica. Muy morena, sus ojos oscuros asomaban por entre unos párpados ligeramente rasgados y teñidos suavemente con azul, como lo haría Cleopatra. Vestía a la europea, pero en su traje había un toque egipcio que la hacía enormemente exótica. Kenny sólo conocía de ella su nombre. Lo demás, su hermosura, su cuerpo flexible y de perfiles rotundos, su seducción un tanto desdeñosa, saltaban a la vista.

Hizo una seña al camarero y éste acudió con la botella. Hacía

días que mantenía aquel mudo y distante cerco en torno a la hermosa Fawzia y pensaba que había llegado el momento de iniciar una aproximación.

La puerta del bar se abrió y entró una oleada de aire cálido. Kenny la notó en su espalda y volvióse disgustado por aquella interrupción; su desagrado creció al reconocer a su criado Ahmed.

Éste se le acercó, muy pálido y nervioso.

—Señor...

Se inclinó torpemente. Era un muchacho que apenas había cumplido los veinte años, servicial y bastante inteligente.

—¿Qué ocurre, Ahmed? Me parece que no vienes en un momento muy oportuno.

—Es... es muy importante, señor.

—Bueno, dime lo que sea y... rápido.

Miró hacia la mesa de Fawzia y vio que ésta llamaba al camarero. De reojo siguió sus movimientos y se dio cuenta de que pretendía abonar la consumición.

—Señor Abbot... He visto... luces... Varias luces cerca del Monasterio... Yo... Me asusté mucho...

Fawzia se incorporaba.

—Está bien, Ahmed, luego me lo contarás.

Pero el criado insistió:

—¡Le aseguro que era algo importante!

—Bueno, bueno... —Se incorporó Kenny también, dispuesto a seguir a la hermosa egipcia, pero Ahmed se le interpuso—: ¡Déjame! ¿Quieres?

—¡Señor! ¡Debe creerme! ¡Algo no va bien!... Ya les dije que en ese Monasterio había espíritus que...

Kenny le sujetó de las solapas.

—¿Eres tonto? ¿Y para hablarme de fantasmas me estás interrumpiendo?

Le apartó con cierta brusquedad y se dirigió rápidamente a la puerta por la que había visto salir a Fawzia. La franqueó y se encontró en el vestíbulo del hotel.

Miró a su alrededor. Varios clientes entraban y salían, pero de la hermosa egipcia no había ni rastro. Uno de los ascensores subía en aquel instante a juzgar por la oscilación de la aguja indicadora sobre la puerta, pero nada revelaba que estuviera ocupado por la

bellísima muchacha.

Irritado contra Ahmed por aquel retraso que le había impedido alcanzar a Fawzia, regresó al bar. Su vaso continuaba en la mesa, pero el criado había desaparecido.

Terminó el *whisky* y salió a la calle. La luna había asomado por encima de unas palmeras. En contraste con el acondicionado interior del hotel, la calle era un mar de calor agitado por violentas olas de aire. Kenny sabía que una hora después quizá o antes, aquel calor se habría convertido en frío y que el desierto, súbitamente enfriado al faltarle el sol, enviaría sobre Asuán un aire helado.

Ahmed estaba allí, cabizbajo, reflejándose en la crispación de su rostro su estado de ánimo.

Le miró dolido, y Kenny carraspeó.

—Está bien, ahora ya no tiene remedio: cuéntamelo si eso va a tranquilizarte.

Ahmed le miró otra vez, como dudando de las intenciones de Abbot. Conocía sus raptos de cólera, como buen artista, y no estaba seguro de si ahora iba a producirse una escena de esta índole.

Kenny le pasó el brazo por los hombros y rió:

—¡Vamos! ¿También te parece a ti ridículo eso de los espíritus portando antorchas en la noche?

El muchacho sacudió la cabeza.

—Lo vi, señor. Pero no llevaba antorchas. No dije eso.

—¿No? —Kenny se encogió de hombros—. Bueno, uno supone que los espíritus, seres todos de otros tiempos, utilizarán algo adecuado a su mentalidad y costumbres cuando se deciden a volver a este mundo. No puedo imaginar que un espíritu se provea de linternas o de algo parecido...

Ahmed parpadeó. Se le veía apurado.

—Usted no debería reírse, señor.

—Bien —súbitamente serlo; Kenny se propuso llegar hasta el final—. ¿Es alguna broma que quieres gastarme?

—¡Oh, no, por Alá que no! Ahmed no se atrevería.

—Y haces bien. En ese caso, cuéntamelo todo desde el principio.

Encendió un cigarrillo después de haber dado otro a su criado. Cuando éste lo tomó advirtió que le temblaban las manos de una forma extraordinaria.

—Estaba recogiendo las máquinas y los trípodes que utilizamos

hoy cuando me di cuenta de que faltaba uno de loé trípodes... el de la «Rolleiflex». Entonces recordé que lo dejé al amparo de unas rocas para que no le diera el sol mientras usted hacía, las fotografías con la «Linhoff». Por eso, inmediatamente, decidí volver al Monasterio copto de San Simeón...

Kenny le cogió del brazo y lo zarandeó suavemente.

—Entiendo. No lo has encontrado y por eso has Inventado toda esa historia de los espíritus para justificarte, ¿verdad? Vamos, confíesalo y no me hagas perder el tiempo.

—¡Oh, no, no señor! —jadeó Ahmed—. ¡Allí estaba el trípode, intacto y sin el menor desperfecto, señor!... No me costó trabajo hallarlo, a pesar de la oscuridad. Yo... no estaba muy tranquilo, ésa es la verdad, pues todos sabemos por aquí que en ese Monasterio hay espíritus que asoman por la noche... pero hice un esfuerzo para demostrarle a usted que soy de fiar, señor...

Era sincero según la expresión de su voz. Abbot sabía, después del tiempo que llevaba allí, que Ahmed era digno de su confianza. Por eso lo mantenía a su lado y le pagaba bien.

—¿Y qué es lo que viste?

—Oí unos ruidos cerca del Monasterio. Miré... sólo por curiosidad aunque tenía miedo. Pensé que podían ser ladrones robando el material de las excavaciones, y...

—Continúa.

Ahmed sufrió un estremecimiento aunque hacía calor.

—Vi una fila de sombras... con algo encendido en la mano. Estaban levemente iluminadas y... ¡eran espíritus, señor! ¡Se lo aseguro!

—¿Hacia dónde iban?

—No lo sé. Luego desaparecieron. Creo que grité o... no sé. Eché a correr y vine.

Kenny le palmeó el hombro.

—Bueno, eso no es grave. Olvídalo, Ahmed. Vamos, tomaremos una copa que te entonará. Probablemente hay una explicación muy sencilla para todo eso.

Entraron en el bar. Ahmed seguía nervioso, pero al beber el primer *whisky* le desapareció la palidez del rostro que fue sustituida por un enrojecimiento progresivo.

—¿Te encuentras mejor?

—Oh, sí, señor. Pero... ¿qué cree que eran esas luces?

Kenny dejó un billete sobre el mostrador.

—Probablemente nuestros propios obreros de las excavaciones. Alguno de los arqueólogos desearía hacer una excavación urgente, y...

Pero Ahmed negó.

—Antes de venir a verle lo comprobé, señor. Me cuidé de ver si los vehículos estaban en el garaje... No faltaba ninguno. Nadie habría ido hasta el Monasterio a pie...

Era un razonamiento lógico. Ahmed parecía sensato pero aquella historia de las sombras fantasmales no cabía en la mente escéptica de Kenny Abbot, el fotógrafo de la expedición de rescate de los tesoros arqueológicos próximos a Asuán, que las aguas de la gigantesca presa inundarían para siempre. El fotógrafo terminó su *whisky* y miró en torno. El bar tenía motivos ornamentales faraónicos y a pesar de su confort occidental pertenecía al mundo misterioso e inquietante del Nilo. Había muy pocos clientes, pero en todos los rostros vio la misma mirada desconfiada y acechante.

Por un momento, Kenny Abbot se sintió vigilado, en un medio hostil.

CAPÍTULO II

Cuando volvió a salir notó las primeras ráfagas de frío. Por la calle avanzaba una columna de arena impulsada por el viento del desierto. Kenny se cerró el cuello de la camisa y aguardó a que pasara la tromba de arena. Asuán dormía en su mayor parte, incluso el barrio occidental, con excepción de los clásicos trasnochadores en su ronda alcohólica.

Cruzó la calle y entró en el garaje donde recogían los coches de la misión científica. El soñoliento vigilante abrió un ojo al sentir sus pasos y gruñó un saludo. Su *fez* rojo y mugriento se había deslizado hasta reposar en la oreja derecha, al desgaire.

—Voy a sacar uno de los coches —anunció el fotógrafo.

No aguardó a obtener respuesta y abrió la portezuela de uno de los resistentes vehículos. Las llaves estaban puestas y en el tanque había suficiente gasolina.

Cuando se encontró fuera de Asuán encendió un cigarrillo. La carretera se dirigía hacia el sur, apartándose poco a poco del Nilo. Era una vía secundaria y no excesivamente cuidada. Al otro lado del Imponente río se veían las luces de las obras en las que se trabajaba día y noche para levantar una de las presas. Era aquélla la obra de ingeniería hidráulica más importante de cuantas había proyectado el hombre, y se iba a realizar, precisamente, en una tierra que desde milenios atrás se distinguía por sus gigantes e increíbles obras.

Poco a poco, aquellas luces desaparecieron a su derecha y se encontró solo en medio de la noche.

Los faros de su automóvil alumbraban la inquietante soledad del desierto, sin hallar nada que mostrase la presencia del hombre.

Únicamente cuando divisó la silueta semiderruida del Monasterio de San Simeón se dio cuenta de lo ridículo de aquel viaje, en la fría noche.

Bajó ante los muros en parte derruidos y contuvo un escalofrío.

El traje veraniego, tan caluroso durante el día, no constituía defensa alguna frente a la noche del desierto.

Dio unos pasos en la oscuridad. Resultaba estúpido haberse desplazado hasta allí, sólo por el relato de un indígena alucinado.

La normalidad era absoluta, según podía ver. Cruzó ante los faros encendidos y se dirigió al cerrado portón del Monasterio. La carcomida madera estaba sólidamente encajada, tal y como la habían dejado horas antes cuando terminaron la jornada.

Dio la vuelta al antiquísimo edificio, observando detenidamente los alrededores. No había señal de luces ni de espíritus vagando sobre la arena. Según podía ver, todo había sido ilusión de los sentidos de Ahmed, una prueba más de lo que podía una tradición de supersticiones sobre la mentalidad de las gentes sencillas e ignorantes.

Llegó a la parte posterior, cuyos muros estaban derruidos. Allí el tiempo había completado su labor destructora y el techo había cedido también al desmoronarse los tabiques.

Grandes bloques de piedras, arcos semidestruidos y columnas truncadas se sucedían en un confuso amasijo que en la oscuridad se extendía como una trampa dispuesta a atrapar las piernas de quienes osaran internarse por las ruinas.

Kenny no siguió adelante; avanzar más era arriesgarse a sufrir un accidente. Iba a volverse cuando le pareció escuchar el entrechocar sonoro de dos piedras.

Giró sobre sí mismo y miró hacia las ruinas. Nuevamente el silencio se había hecho. Pero ahora sentía el tacto casi físico de una mirada palpándole desde el bosque de columnas y piedras.

Se estremeció y no por el frío. En un segundo su escepticismo adquirido en el mundo occidental se desmoronó, y de un rincón nunca advertido en su cuerpo ascendió como una marea incontenible una sensación parecida al miedo.

Apretó los puños. Algo había allá, entre las piedras. Algo que le acechaba, un Intruso, ¿un espíritu quizá?

Sacudió la cabeza. Era estúpido pensar en aquello.

Pero los temores de Ahmed se le enroscaban justo en la boca del estómago, haciéndole vacilar.

No se movió. Miraba hacia las ruinas, en algo que pretendía ser una actitud de desafío, pero que él sabía muy bien se trataba de

perplejidad.

Hizo un esfuerzo para moverse. No quería huir. Nunca se lo hubiera perdonado, pero al mismo tiempo maldecía el instante en que se le había ocurrido visitar el Monasterio por la noche.

No; no podía ser un espíritu. Esas cosas quedaban solamente para las novelas de terror o para las leyendas de las gentes incultas. Debía tratarse de una alimaña o quizá de algún ladrón.

Vaciló otra vez. No creía en espíritus y, por tanto, mal podía temer un daño de ellos, pero si era una fiera del desierto o un bandido su vida podía estar en peligro.

Retrocedió. En el coche había una linterna. Al menos, con luz, no estaría en tan franca desventaja...

Dio la vuelta rápidamente a la mole de piedra y al ver los faros encendidos emitió un suspiro de alivio. Era una niñería haberse dejado llevar por los nervios. Allí estaba su coche y el mundo en el que él se desenvolvía bien. Lo demás, las ruinas, el misterio del Egipto milenario, las momias o la maldición de los espíritus a los intrusos que han profanado sus tumbas quedaban para la leyenda dorada y excitante de las guías de turismo.

Avivó el paso en dirección al coche y empezó a sonreír, divertido por aquel nerviosismo experimentado.

Despegó los labios para decirse en voz alta lo que pensaba de sí mismo, pero la sonrisa murió súbitamente y de su garganta brotó un gemido, un ruido extraño, chirriante.

Porque los faros del coche acababan de apagarse.

Se inmovilizó. Sus ojos, heridos todavía por la última luz de los focos, trataron vanamente de encontrar la silueta del vehículo.

—¡Vamos, Kenny, has bebido mucho *whisky*, eso es todo! — Gruñó para sus adentros.

Pero no siguió adelante. Sentía a su alrededor como un cerco amenazador que iba estrechándose paulatinamente.

Un ruido le sobresaltó súbitamente. Se agazapó como tratando de rehuir algún ataque y sólo demasiado tarde comprendió que era el motor de su coche que se ponía en marcha.

Lanzó una maldición y miró la sombra que se deslizaba rauda por la explanada, a su encuentro.

La garganta le quedó repentinamente seca. El coche rugía devorando los metros. No era posible ver quién lo ocupaba, pero

quienquiera que lo manejase, hombre o espíritu, quería matarle.

El coche crecía y crecía conforme se aproximaba. Kenny trató de moverse, pero tenía los pies pegados al suelo.

El aire quieto de la noche estaba lleno del temblor del vehículo. Por un momento pareció un monstruo que se hubiera rebelado contra su amo y tratara de aniquilarlo. El rugido del motor creció y cuando se hallaba a muy pocos metros, Kenny pudo saltar.

¡Lo hizo a tiempo!

Fue, sin duda, un acto reflejo, la desesperada reacción de quién posee un poderoso instinto de conservación.

Cayó rodando mientras las ruedas segaban el aire a muy pocos centímetros de él.

El coche continuó su marcha sin aminorar la velocidad y volvió a la carretera, en dirección a Asuán. Su ocupante, sin duda, creía haberle arrollado y por eso no se había detenido ni había repetido el ataque.

El silencio volvió al desierto. Kenny, en el suelo, se palpó el cuerpo en busca de alguna lesión de importancia, pero sólo estaba magullado.

Se incorporó maldiciendo al que le había robado el coche. Una fría cólera había reemplazado a su miedo de unos minutos antes. Sus puños se apretaban convulsivos y en su pecho rugía una indignación que no encontraba forma de descargar.

Se volvió hacia el Monasterio. No podía pasar la noche al raso ni regresar andando a Asuán, por lo que debía buscar un acomodo al abrigo del frío del desierto.

Cuando se acercó al Monasterio recordó el ruido que había escuchado entre las ruinas.

Aquello aceleró los latidos de su corazón. Si se trataba de algún intruso no podía estar lejos.

Y había muchas probabilidades de que entre éste y el que le había robado el coche hubiera alguna relación.

Avanzó cautelosamente, procurando no hacer ruido al andar. Rebasó los muros erguidos del Monasterio y llegó a la vista del ala derruida.

Prestó atención.

¡Nuevamente oyó aquel ruido!

Era como si alguien avanzase penosamente por entre las piedras,

tanteando el terreno antes de asentar el cuerpo, en un cuidadoso intento de salir indemne de allí.

Aguardó, al acecho. El rugido del motor debía haberle hecho comprender ave él se había marchado, y por eso el intruso no prestaría tanto cuidado a sus movimientos.

Su espera tuvo resultado. Algo se movía sobre los bloques carcomidos por la erosión de la arena. La oscuridad era intensa, en aquella zona, porque el templo ocultaba la luna. Kenny aferró una piedra que se acomodaba bien al hueco de su mano y con ella dispuesta acortó distancias.

Oyó el jadeo del que sorteaba las piedras. Luego, un cuerno saltó fuera de los restos del muro.

El muchacho se precipitó contra aquella figura y la aferró del cuello con una mano mientras alzaba la otra armada con la piedra.

La sorpresa del intruso fue evidente. De su garganta escapó un corto grito y desesperadamente se debatió para huir.

Kenny sujetó aquel cuerno y de pronto quedó inmóvil, percibiendo la suave turgencia de unos contornos femeninos.

La mano alzada que empezaba a caer con la piedra para golpear a su presa, se detuvo. Roncamente, preguntó:

—¿Quién es usted?

Soltó la improvisada arma y accionó el mechero de gas.

A la estilizada llamita reconoció las facciones correctas, la boca carnosa y el cuerpo joven y ceñido con descaro de Herta Baum, la esposa de uno de los arqueólogos de la misión científica.

Ella le reconoció también y exhaló un gemido.

—Oh, ¿es usted, Kenny?

La soltó. El contacto se había hecho ya placentero, pasado el miedo, pero no resultaba correcto prolongarlo.

—¿Qué hace usted aquí, Herta? He estado a punto de matarla.

La hermosa rubia cerró los ojos y se cubrió un instante el rostro con unas manos sucias y de uñas rotas, que revelaban el duro trabajo realizado.

—No... me encuentro bien —susurró.

Se tambaleó. Kenny apagó el encendedor y la ayudó a caminar, sujetándola por la cintura. Herta era muy joven, apenas habría cumplido los veinte años, pero en toda ella había una madurez que sólo las mujeres nórdicas obtienen en su primera juventud. Tanto

ella como su marido, Kurt Baum, eran alemanes y quizá por eso se habían mantenido siempre un tanto distanciados del resto del equipo.

Rodearon el Monasterio y llegaron a la fachada principal, donde la luna iluminaba suavemente la explanada. La ayudó a sentarse en un rústico banco de piedra y la miró interrogativamente.

—¿Qué hacía usted aquí, Herta?

Ella le devolvió la mirada. No podía estar seguro, pero Kenny creyó advertir un miedo muy grande en aquella expresión.

—No... no puedo no debo decírselo.

—¿Por qué?

—Perdóneme, Kenny.

—Pero no es lógico que usted se encuentre aquí, a estas horas, en un lugar ciertamente peligroso.

—Es asunto mío. No es ningún delito, creo, pasear a la luz de la luna.

Abbot apretó los puños. Estaba demasiado furioso todavía por el atentado de que acababa de ser objeto.

—Escuche esto, Herta, hace unos minutos alguien me robó el coche que dejé aparcado aquí mismo y luego trató de arrollarme con él para asesinarme. ¿Cree usted que eso es un delito?

Los ojos femeninos se agrandaron por el horror.

—Oh, no, no, ¡no es posible!

—Sí lo es. Faltó muy poco para que muriera entre las ruedas de mi coche. ¿Quién estaba aquí con usted?

—Nadie.

—Lo ha dicho muy deprisa, Herta. ¿A quién protege? No tema, no voy a delatarla a su marido.

La muchacha se puso en pie, furiosa.

—¡No tiene ningún derecho a dudar de mi fidelidad a Kurt!

Kenny se pasó una mano por el rostro, fatigadamente.

—Perdóneme, no quise ofenderla. Yo... Alguien había aquí; alguien que huyó en mi coche. Quiso asesinarme. ¿Por qué? Yo no sé de ningún enemigo mío. Soy sólo un fotógrafo, un especialista que fotografía aquellos objetos que los arqueólogos extraen de la tierra. Sin embargo, debo tener algún enemigo tan grande que está dispuesto a matarme. Debo velar por mi integridad. Ésa es la razón por la que le pido una explicación.

—Lo que yo hacia aquí no tiene nada que ver con usted, Kenny.
Se lo prometo.

Suspiró él.

—Está bien, si usted lo quiere. Pero seguiré investigando. A propósito, ¿cómo vino usted hasta aquí?

—En... mi coche.

—¿Dónde lo tiene?

—Al otro lado —y señaló la parte posterior del monasterio.

—Es curioso. El intruso se llevó mi coche y no el de usted.

—Creo que sé el motivo.

—¿Cuál?

—Las llaves —y le puso en la mano un llavero—. Yo cierro siempre mi coche. Ustedes, los americanos, son más descuidados.

Era una explicación razonable.

Herta susurró:

—¿Quiere traérmelo y llevarme a la ciudad? No me encuentro bien.

El muchacho asintió.

—De acuerdo.

Mientras iba a por el vehículo de Herta Baum, pensaba en que no resultaba razonable el comportamiento de la hermosa alemana.

CAPÍTULO III

Kenny frenó delante del hotel del Nilo y, todavía con el motor en marcha, se volvió hacia Herta.

—¿No quiere decirme nada?

Ella le miró furtivamente.

—No... es necesario.

El muchacho insistió:

—¿Cuál es su problema?

Herta se estremeció.

—¿Por qué... dice eso?

—Algo va mal en usted. ¿Qué es? ¿Puedo ayudarla?

—No.

—Debería confiar en mí. Sé conservar los secretos y... adivino cuando alguien precisa una ayuda, quizá un consejo. ¿De qué forma puede justificar su presencia en el Monasterio, por la noche y sola? ¿O acaso estaba su marido con usted?

Herta se estremeció.

—¿Kurt? ¿Por qué habría de estar allí...?

—¿Fue él quien se llevó mi coche?

La alemana abrió la portezuela del vehículo. Estaba intensamente pálida y no podía ocultar su nerviosismo.

—¡Oh, déjeme, déjeme!... ¡No me torture más!

Saltó a la calzada y se precipitó en el interior del hotel sin despedirse. Kenny la vio desaparecer con la preocupación reflejada en su semblante. A pesar de la negativa de Herta, su marido debió acompañarla al viejo Monasterio. Se aterrorizó cuando él apuntó aquella posibilidad. Si eso era cierto, nadie sino Kurt Baum había tratado de matarle con su propio coche.

Cerró la portezuela y, lentamente, puso el vehículo en marcha para llevarlo al garaje.

Era inquietante aquel misterio. ¿Por qué habían querido

matarle? ¿Qué hacía Herta Baum en el Monasterio? Ella estaba nerviosa, aterrorizada, más bien por algo demasiado grave cuando no había querido revelarlo. ¿Protegía a su marido?

Todas eran preguntas que no tenían solución momentánea. Algo iba mal, sin embargo. Ésa era la única cosa cierta. Pero aún había más: estaban aquellas sombras portando luces encendidas que viera Ahmed.

Ya no pensaba en que fueran producto de la imaginación de su criado, después de lo ocurrido. Pero ¿qué relación había entre la aparición fantasmal de aquellas luces y Herta Baum?

Todavía pensaba en aquello cuando descendió del coche en el garaje, después de haberlo dejado en un hueco del fondo. Por eso no vio la figura que apareció detrás del vehículo más próximo.

—¿De paseo a estas horas, Kenny?

Se volvió en redondo, sobresaltado. Pero sonrió al reconocer a Gower Anderson, el jefe de la expedición de rescate de los tesoros arqueológicos. Anderson le sonreía con los labios y con los ojillos grises y vivos. Era un científico eminente, pensionado por la Universidad de Harvard para realizar excavaciones en las proximidades de Asuán.

—Buenas noches, doctor. Celebro encontrarle.

La barbita blanca del científico se agitó al responder:

—¿Ocurre algo, Kenny? Te veo alterado y... con el traje sucio y roto. ¿Algún accidente?

—Al parecer ocurren, hechos extraños en el Monasterio, doctor. Ahmed vino a decirme que había visto unas luces allá... y me habló de espíritus.

Anderson rió:

—¿Vas a decirme que crees en esas cosas?

—No, pero...

El científico pasó el brazo por los hombros del muchacho.

—Vamos, Kenny, el sol del desierto te ha trastornado algo. Les ocurre siempre a quienes visitan Egipto por vez primera.

Pero Abbot no pareció convencido por aquello.

—Hay algo más, doctor. Estuve yo mismo en el Monasterio.

—¿Sí?

—Alguien trató de matarme... con un coche. Me salvé del atropello en el último instante. No sería ningún espíritu, supongo,

pero... corrí serio peligro.

—Ahora comprendo las manchas del traje.

—Sí, doctor.

—¿Bien? ¿Quién crees que pudo atentar contra tu vida? ¿No sería realmente un accidente?

—No; el presunto asesino me robó el coche y luego lo lanzó contra mí.

Anderson miró, perplejo, el que había dejado Kenny, pero éste explicó:

—Lo llevó Herta Baum; la encontré allí. El que yo conducía era el verde.

El arqueólogo se volvió hacia el rincón opuesto.

—¿Te refieres a ése?

Kenny lanzó una exclamación al ver el coche que poco antes había estado a punto de provocar su muerte.

Con pasos rápidos cruzó el garaje y lo miró. Tenía arena sobre la carrocería, pero eso no era lo más significativo dado el uso diario a que se le sometía.

Levantó el capot y acercó la mano al radiador: estaba caliente. Anderson le imitó y asintió:

—Hace muy poco que ha rodado, sí.

—¡Y han tenido el atrevimiento de traerle al mismo garaje!

Kenny fue a la garita del encargado y la abrió. El mismo empleado que viera poco antes dormía sobre una silla, con el *fez* sobre los ojos.

—¡Eh, oiga! —Le zarandeó—. ¿Ésa es la forma que tiene de cuidar de nuestros coches?

El empleado gruñó algo y abrió unos ojos abultados y amarillentos.

—Oh, di... ga, señor.

—Vamos, despiértese —le zarandeó—. ¿Quién vino conduciendo ese coche? —Y señaló el verde.

El vigilante parpadeó y masticó ruidosamente su sueño.

—No lo sé, no lo vi entrar, pero... ¡Oh, sí! ¡Fue usted mismo, señor!

—¿Cómo? ¿Está loco?

—Usted se lo llevó, ¿no? Debió traerlo, ¿verdad?

—¡Estúpido!

Le empujó arrojándole sobre la silla. El vigilante no pareció afectarse mucho porque en el acto cerró los ojos y reanudó su sueño.

Kenny se volvió hacia el director del equipo.

—El asesino ha tenido la audacia de venir hasta aquí, sin duda sabiendo que este estúpido vigilante dormiría. Y no hace mucho de eso: el motor está caliente todavía.

El científico le cogió del brazo.

—Vamos a descansar, Kenny. Quizá mañana podremos averiguar algo.

—El que conducía ese coche no confesará que lo hizo, doctor. No olvide que trató de asesinarme.

—Una cosa sí es cierta: ahora no podemos hacer nada.

—No estoy de acuerdo. Haré que la policía...

Pero Anderson le sacudió del brazo.

—¿Estás loco, hijo? No sabes lo que dices. Si tenemos conflictos con la policía nuestras excavaciones habrán terminado. Tú no sabes cómo es esta gente: nos pondrán mil impedimentos para continuar y acabaremos siendo expulsados. Té ruego que no organices un escándalo.

Miró a su interlocutor. Gower Anderson parecía ansioso. Por primera vez en mucho tiempo sus ojos tenían una mirada dura y anhelante a un tiempo.

—Pero es algo serio, y...

—No hay evidencias de que sea realmente como dices, Kenny. Y no quiero dudar de ti al decir esto. Te creo, pero... a veces los hechos más claros nos empeñamos en interpretarlos de una forma incorrecta. Tengo experiencia en esto. Yo mismo me he equivocado muchas veces en mi ciencia y he aprendido que rara vez los hechos responden a las apariencias.

—Pero ese coche... —insistió Kenny, señalando el verde.

—¿Quieres dejar esto en mis manos?

Dudó un instante, pero había tanta ansiedad en la expresión del científico que acabó por asentir.

—De acuerdo.

Anderson trató de sonreír.

—Gracias, eres un buen muchacho.

Salieron del garaje y entonces el fotógrafo preguntó

cándidamente:

—¿También dio usted una vuelta antes de cenar, doctor?

En la oscuridad de la calle, Kenny no pudo apreciar la reacción de Anderson.

—Sí... No podía dormir pensando en el trabajo que nos aguarda.

El hotel del Nilo estaba silencioso cuando entró en el vestíbulo. Las luces incluso se habían atenuado bastante. Un botones de rostro cobrizo le abrió la puerta del ascensor y luego le llevó al piso segundo, donde estaba su habitación. Correctamente le deseó buenas noches al dejarle y retornó al *hall*.

Kenny caminó por el alfombrado pasillo en dirección a su habitación. Sus pasos quedaban por ello apagados en el grueso tejido. Al llegar frente a su puerta dispuso la llave y en esto oyó voces en el recodo.

Se volvió. No veía a quienes hablaban, pero sí a sus sombras. Una de ellas correspondía a una mujer, y la otra a un hombre. No era posible reconocerlos ni comprender lo que decían, porque hablaban en alemán.

Quizá se trataba de Herta y Kurt Baum.

Por algún motivo desconocido, Abbot se alejó de su puerta y llegó hasta el recodo. El acento de las voces era airado, y Kenny lamentó no entender el alemán.

Miró un instante y quedó sorprendido al ver a Fawzia y a Kurt Baum. Este último volvió la cabeza y le vio. Instantáneamente se interrumpió y miró acechante al muchacho. Tenía las mejillas encendidas y su pecho se agitaba por una respiración violenta. Fawzia, la hermosa egipcia, aparecía serena por el contrario, y fría. Sus ojos felinos taladraron a Kenny y en voz baja susurró algo mordiente. Baum gruñó:

—¿Busca algo, Abbot?

Su acento gutural era más intenso, que nunca, prueba de su excitación.

—Oh, no, disculpen. Oí voces y... pensé que podía ser útil.

—Se ha equivocado. Buenas noches.

No podía decirse que fuera cortés. Kenny no se movió todavía. Kurt Baum siempre había sido una incógnita para él, con su impasible y rosado rostro que le daba un aire pueblerino. Solía ser

cortés, pero su hermetismo habitual sólo ocultaba un temperamento violento que pugnaba por disimular. Kenny se preguntó qué tal sería la vida de Herta junto a un hombre así.

—Lo lamento.

Se inclinó levemente y se alejó. Ya no volvieron a oírse las voces cuando entró en su cuarto.

Pero no cerró por completo. La puerta levemente encajada le permitía vigilar el pasillo por la estrecha rendija.

No tuvo que esperar más de cinco minutos. Fawzia cruzó por delante en dirección al ascensor, con paso rítmico y equilibrado. El muchacho aguardó hasta que oyó cerrarse las puertas del ascensor y luego salió disparado escaleras abajo, con intención de alcanzar a la misteriosa egipcia en el vestíbulo.

Llegó al final de la escalera cuando Fawzia se aproximaba a la puerta de la calle. No miraba hacia atrás y parecía absolutamente segura de sus actos. Kenny aguardó hasta verla salir y luego cruzó el *hall* con ánimo de seguirla.

Pero al llegar a la puerta esta se abrió para dar paso a Dennis Welck, que acompañaba a Cynthia Anderson, la hija del doctor. Ella vestía un traje de noche, muy escotado, y se cubría los desnudos hombros con un echarpe de seda. Welck, el ayudante del doctor Anderson, lucía un impecable *smoking* blanco marfil.

—¡Oh, qué sorpresa! ¿A dónde vas tan deprisa, Kenny? —preguntó Cynthia.

El muchacho se detuvo y no pudo por menos que admirar la belleza femenina. Cynthia era morena y tenía una piel suavemente tostada por un sol que era clemente para ella. Sus ojos verdes tenían en aquel momento un brillo divertido y esplendoroso que no dejó de afectar a Kenny.

—¡Además, estás agitado, has corrido! —añadió ella, riendo.

Dennis Welck enlazó el brazo femenino.

—Hay una razón, querida. ¿Viste a esa egipcia que salía cuando entrábamos nosotros? Kenny iba tras ella: supongo que no ignoras que es un don Juan peligroso...

La burla encolerizó al muchacho, pero sobre todo le molestó la familiaridad con la que cogía del brazo a Cynthia. Ésta, al escuchar la explicación de su acompañante, perdió la risa y apretó los rojos labios.

—En ese caso no pierdas el tiempo. Vámonos, Dennis.

Tiró del ayudante de su padre y se alejaron ambos con paso vivo hacia los ascensores. Kenny, furioso, apretó los puños. No podía haber sido más inoportuno aquel encuentro ni más insidiosa la insinuación de Welck. Desde hacía tiempo Kenny sospechaba que Dennis trataba de atraerse a Cynthia y en aquel intento estaba decidido a eliminar a sus posibles rivales sin detenerse en consideraciones de orden ético.

Desaparecieron en el interior del ascensor, y Abbot salió a la calle. Como era de suponer, no había ni rastro de Fawzia.

Maldiciendo a Dennis Welck regresó al hotel. No solamente había perdido la oportunidad de averiguar algo más de aquel misterio que sentía impalpable en torno a la expedición científica, sino que además había quedado en evidencia ante Cynthia.

Volvió en el ascensor al piso segundo y cuando salía del mismo vio las espaldas de Kurt Baum que descendía por la escalera.

Aquello parecía encajar con la súbita marcha de Fawzia a unas horas poco adecuadas. Mientras el ascensor retornaba al vestíbulo, Kenny dudó entre seguir a Baum o, por el contrario, aprovechar su ausencia para intentar las confidencias de Herta.

Se decidió por esto último, convencido de que la hermosa alemana podría desvelarle mejor el misterio que siguiendo a su marido.

Se aseguró de que no había nadie al acecho y llamó a la puerta de los Baum. Aguardó durante unos instantes y repitió la llamada. Dentro se oyó por fin el rumor de unos pasos y alguien que preguntaba:

—¿Quién es?

—Kenny Abbot.

La puerta se abrió. Herta debía estar en el baño por cuanto llevaba el cabello húmedo pegado a la frente y se envolvía en una gruesa prenda de felpa.

—Perdóneme, Herta, pero tengo que hablar con usted.

—Ya le dije...

Kenny entró tras ella, que retrocedió y cruzóse mejor la salida de baño.

—Creo que es incorrecto lo que está haciendo, Kenny.

—El fin lo justifica. Usted no quiere hablar, Herta, pero eso no

va a arreglar las cosas.

—¿A qué se refiere?

—A su marido y a lo que sucedió en el Monasterio. Hace unos minutos, mientras usted estaba en el baño, se ha entrevistado en el pasillo con una egipcia: su nombre es Fawzia. Hablaban en alemán y no he podido entenderles. Discutían. Luego ella ha salido del hotel y Kurt la ha seguido.

—¿Y qué significa eso, según usted?

—No lo sé, y por eso le pido que me lo aclare.

—¿Qué derecho tiene usted a ello? ¿Qué le importan los asuntos privados de nosotros? ¿No se da cuenta de que es insólito lo que hace? Salga inmediatamente, por favor.

Abbot suspiró. Herta era más firme de lo que suponía. La tentación de los celos no había hecho mella en ella. Había erguido la barbilla y se mantenía firme y autoritaria.

—He hecho cuanto estaba en mi mano, Herta. Lo siento. No sé si llegará a comprenderlo alguna vez, pero mi intención ha sido la de ayudarla. Buenas noches.

Definitivamente entró en su dormitorio y cerró la puerta. Luego, mientras disfrutaba del baño, pensó en cuanto había ocurrido hasta entonces. Nada grave, en realidad, salvo el intento de asesinato. Podía haber sido un accidente, pero estaba convencido de que se trataba de algo más. Por otra parte, alguien le había robado el coche, alguien que luego lo devolvió al garaje poco antes de que él regresara.

Había sido una audacia sin precedentes. Todo ello le indicaba que era alguien del equipo el que había tratado de arrollarlo en la explanada frente al Monasterio.

Decidió no pensar más en ello. Gower Anderson había prometido encargarse él mismo de la investigación. Eso no quería decir nada, por supuesto, sin contar con que había sido muy casual su presencia en el garaje, cerca del coche verde...

Se metió entre las frescas sábanas y cerró los ojos. Un momento después sentía la dulce somnolencia que precedía al sueño, ese instante feliz, único en toda la jornada en el que el cuerpo queda suspendido en el vacío, gozando de un nirvana prometedor.

El teléfono repiqueteó violentamente, arrancándole con desgarró de su relajamiento. Kenny buscó una maldición que le obligó a

despejarse en unos segundos. Tendió el brazo y alzó el aparato.

—¡Kenny!... —La voz era débil, sofocada—. ¡Kenny, por favor...!

—¿Sí? ¡Hable!

Era una mujer, pero estaba demasiado lejana o quizá sufría una intensa crisis que le impedía hablar más alto.

—¡Ayúdeme, Kenny! ¡Venga a mi cuarto...!

El muchacho saltó de la cama, percibiendo todavía, el desesperado grito de Herta Baum. Había reconocido su voz y no había sido difícil captar en ella una desesperación que contrastaba con su desdeñoso trato habitual.

—¡Oiga! ¿Qué le ocurre? ¡Herta! ¡Hable...!

Al otro lado se produjo un golpe y luego cesó todo rumor, pero la comunicación continuaba establecida. Kenny volvió a gritar sin resultado y se vistió de cualquier manera.

Corrió por el pasillo en dirección a la habitación de los Baum. Nadie se encontró en el pasillo y pudo llegar ante la puerta sin ser visto.

No se entretuvo en llamar, sino que entró violentamente, volcando su peso en la puerta.

No estaba echado el cerrojo y perdió el equilibrio. Eso le hizo dar varios pasos hasta que al fin recobró la verticalidad y pudo mirar la figura femenina caída en el suelo, ante la mesita del teléfono.

Sólo estaba cubierta con un fino camisón de batista que mostraba buena parte de sus esbeltas y jóvenes piernas. Kenny las miró largamente, pero no era la belleza de las mismas lo que atraía su curiosidad, sino dos puntos rojizos en el tobillo, en torno a los ovals crecía una hinchazón violácea, reveladora.

Se inclinó sobre la muchacha, no sin antes mirar en torno, aprensivamente. De rodillas sobre la alfombra cogió a Herta en sus brazos y la alzó suavemente.

Estaba muerta. La piel tenía todavía el calor y la turgencia de la vida, pero el corazón, alcanzado por el veneno de la serpiente, había dejado de latir.

Suavemente depositó a Herta en el suelo, en la misma posición que tenía cuando la halló y miró en torno, especialmente a la revuelta cama.

Era fácil adivinar lo ocurrido. Después del baño, Herta se había metido en la cama, y allí, entre las suaves sábanas del hotel del Nilo su pie había encontrado la muerte en los colmillos de una serpiente del país, cuidadosamente enroscada a la espera de su víctima...

Herta debió darse cuenta inmediatamente de lo ocurrido y no vaciló en saltar del lecho y correr al teléfono. Sola como estaba, había llamado a la única persona de la que suponía que iba a recibir rápida ayuda.

Pero el veneno había sido más rápido. Muy pocos minutos habían bastado para morir.

Rígido, vigilante, aguardando el siseo del peligroso reptil, Kenny avanzó lentamente en busca de la serpiente.

Las sábanas caídas mostraban el interior de la cama, pero allí no estaba el asesino de Herta. Con extremo cuidado, alzó las ropas suponiendo que encontraría al animal sobre la alfombra, agazapada allí en espera de una nueva víctima, pero tampoco la encontró.

Era preciso dar con ella para impedir que prosiguiera su juego mortal.

El sudor resbalaba por la frente de Kenny. La idea de que había una serpiente en la misma habitación le llenaba de ese horror instintivo que acomete a todo el que, a pesar de vivir lejos de los reptiles, conserva en el subconsciente mil historias horripilantes...

Miró al interior del cuarto de baño sin mejor resultado y luego rodeó la cama para mirar en el rincón, detrás de la mesilla.

¡Allí estaba!

Desafiante, erguida la cabeza triangular, seseante el áspid viscoso, clavados en él unos ojillos vivos y malignos.

Kenny retrocedió instintivamente, como golpeado físicamente por la contundencia de aquella mirada diabólica.

En la penumbra del rincón, las escamas parduscas y verdosas de la serpiente adquirirían un colorido más repulsivo que nunca. El joven apretó los dientes y luego, furioso, aferró una botella de *whisky* casi vacía que reposaba sobre el tocador y la arrojó contra el reptil.

El recipiente alcanzó a la serpiente en pleno hocico. La cola del animal azotó el suelo y la pared con rabia al sentir el dolor del golpe y se revolvió contra el vidrio a pesar de tener destrozados los maxilares. La rabia de Kenny no se calmó con ello y alzó una silla

como impulsado por un odio teñido de horror.

Golpeó una y otra vez con ella al reptil hasta que éste quedó inmóvil, destrozado sobre las baldosas.



Golpeó una y otra vez al reptil

Sólo entonces pareció recobrar el joven el dominio de sí mismo. Pero su respiración era agitada, violenta, y notaba el pijama

empapado de sudor, bajo la ropa con la que se había tapado para acudir en auxilio de Herta.

Lentamente miró el cadáver de la hermosa alemana y luego recogió el teléfono que pendía del cable a muy pocos centímetros de la fría mano femenina.

Aplicándolo a su oreja, golpeó el interruptor varias veces hasta que oyó la respuesta de la encargada de la centralilla.

—Por favor, póngame con la policía.

CAPÍTULO IV

El oficial de policía había dicho llamarse Omar Zayat y tenía la suficiencia característica del que acaba de abandonar la Academia con notas mediocres. El bigotillo negro brillaba tanto que parecía engomado y sus ojos de largas pestañas aguardaban el aplauso colectivo y la admiración de las mujeres.

Sonrió suavemente:

—Agradezco su cooperación, señor Abbot, pero éste no es asunto para la policía. Un accidente muy desgraciado —añadió, dirigiéndose a Gower Anderson—. ¿Han encontrado ya al señor Baum?

El jefe de la expedición movió su cabeza canosa en gesto negativo.

—No sabemos nada de él todavía. Mi ayudante ha salido en su busca. ¡Pobre señora Baum! Nunca supuse que hubiera serpientes tan peligrosas por aquí.

El policía asintió:

—No abundan, gracias a la preocupación de las autoridades, pero es imposible evitar que alguna entre en la ciudad procedentes del desierto...

Kenny, junto al balcón, miraba la escena. Resultaba falsa, aunque no supiera decir el motivo que le impulsaba a no creer en un accidente.

Entraban unos camilleros seguidos por un hombrecillo de piel del color de cobre viejo que resultó ser el forense. No estuvo más de medio minuto inclinado sobre el cadáver de Herta. Luego se incorporó y habló rápidamente con Ornar Zayat en árabe. El oficial de policía asintió, gruñó algo y el forense salió sin mirar a ninguno de los presentes. Tras él, los camilleros se llevaron el cuerpo de Herta al que cubrieron con una de las sábanas de la cama. Zayat se volvió entonces hacia Kenny.

—Una vez más, gracias, señor Abbot. Actuó usted muy rápido matando a la serpiente. Ahora ya no hay peligro: puedo asegurarles que no volverán a ver otra serpiente durante el tiempo que permanezcan aquí. Casos como éste se dan muy de tarde en tarde. Buenas noches.

Se inclinó suavemente, saludó a Anderson, y abandonó la pieza.

Cuando quedaron solos, Kenny miró a su jefe.

—Todo esto es estúpido.

—¿Qué dices?

—No es un accidente.

El arqueólogo arqueó las cejas.

—No entiendo... ¿o entiendo demasiado bien?

—La han matado para hacerla callar.

—¡Kenny! ¿Qué fantasías son éstas?

—Usted está al tanto de lo ocurrido, profesor. Ya le conté lo sucedido en el Monasterio. Esto sólo es una continuación de aquello.

Anderson se aproximó al fotógrafo de la expedición y le cogió del brazo.

—Estás sobreexcitado, te lo he dicho antes. Vamos, cálmate. Todo son fantasías tuyas.

—¡No es una fantasía el intento de asesinato que sufrí en el Monasterio!

—Sin duda, hay otra explicación para aquello.

—No me cree, ¿verdad?

—Prefiero no responder a esa pregunta. Y voy a darte un consejo: la policía tiene el asunto en sus manos, de manera que olvídalo. Sólo eres un fotógrafo, contratado por nuestra expedición científica. Tu misión termina al obtener buenas tomas de las excavaciones y de los hallazgos. El resto queda fuera de tu jurisdicción.

—¿Me está diciendo que no meta la nariz donde no me importa?

—Quería evitar esa expresión tan cruda, Kenny. Antes te dije que un conflicto con las autoridades locales bastaría para que nos obligaran a salir del país: eso representaría el fracaso de nuestra expedición y la pérdida de las subvenciones recibidas para estas excavaciones. En otras palabras, no me busques problemas.

El muchacho estaba pálido por la ira.

—Es decir, que si al volver ahora a mi habitación me encuentro con una serpiente similar a la que ha matado a Herta debo extender el brazo en dirección a sus colmillos y facilitar su trabajo, ¿no?

—¡Kenny! —El arqueólogo estaba escandalizado—. ¿Estás loco?

—No, y usted debería saberlo, profesor. Hace unas horas estábamos tres personas en el Monasterio: Herta Baum, yo y alguien que se apoderó de mi coche. Este personaje, al que llamaré x trató de arrollarme y por verdadero milagro no lo consiguió. Luego, muy poco después, una serpiente se había alojado en el lecho de Herta y la mataba con su veneno activísimo. ¿Coincidencia? ¿Lo cree usted, profesor?

—¿Qué es lo que piensas, en ese caso?

—X quiso asesinarme por la misma razón que a Herta: porque piensa que sabemos algo de sus actividades, algo muy peligroso. x debe saber ya que yo continúo vivo, así que soy el candidato más propicio para una visita suya. ¿Son fantasías mías?

Anderson se pasó la mano por el rostro.

—Hay una sola cosa que veo claramente: si vas a la policía con esa historia nos cancelarán el permiso para excavar hasta que investiguen qué pudo ocurrir en el Monasterio, y tú sabes que con sus procedimientos burocráticos tardarán meses en resolver el misterio. Un misterio que no llegarán a aclarar. Mientras, terminará nuestra subvención y habrá pasado la temporada óptima para este tipo de excavaciones y con la llegada del invierno tendremos que regresar con las manos vacías. Ahora, tú tienes la palabra, Kenny.

—El muchacho se humedeció los labios.

—Eso quiere decir que me hace responsable del éxito o fracaso de la expedición.

Anderson se dirigió a la puerta.

—Sólo te pido que me comuniques tu decisión antes de llevarla a la práctica.

—No es preciso que espere, profesor. No haré nada... al menos oficialmente.

El científico parpadeó.

—¿Qué te propones?

—Simplemente, idearé algo para preservar mi propia vida. ¿Tampoco me está permitido eso?

Anderson percibió la punzante ironía del fotógrafo y salió de la

habitación sin responder, evidentemente furioso.

Durante el desayuno se reunieron todos en el comedor, con la única excepción de Kurt Baum, demasiado desolado al parecer para soportar la compañía de sus compañeros. El sol brillaba fuera, con la suavidad del amanecer. Por los abiertos ventanales entraba una suave y perfumada brisa que traía el aroma de las flores del jardín. Cualquiera podría sentirse feliz en un hotel como aquél, en el que se gozaba de un excelente servicio, pero Kenny notaba el nerviosismo y el disgusto de los reunidos.

El único que no parecía excesivamente afectado era Dennis Welck, el ayudante del doctor Anderson.

—¿Consiguió encontrar a su egipcia, Kenny? —preguntó con estúpida frivolidad desde el otro lado de la mesa mientras acumulaba mantequilla sobre una tostada.

El muchacho alzó la vista de la taza de café y miró al arqueólogo. Le sonreía como un anuncio de pasta dentífrica.

—¿Es usted siempre igual de cretino o solamente después de haberse mirado al espejo por las mañanas? —preguntó ácidamente el muchacho.

Todos se inmovilizaron. Dennis Welck dejó caer el cuchillo que manejaba arrancando del plato un tañido chillón. Se le encendieron las mejillas y la indignación le impidió responder.

Gower Anderson alzó la voz.

—Eso ha sido una impertinencia, Kenny.

—No mayor que la cometida por su protegido, profesor. Anoche murió en circunstancias dramáticas un miembro del equipo y considero de mal gusto las frivolidades en un momento como éste.

Se incorporó, rabioso, y abandonó el comedor. Cuando respiró el aire de la terraza se sintió mejor. Encendió un cigarrillo y lanzó una bocanada. Tras él oyó pasos y miró por encima del hombro.

—Se lo ha merecido ese estúpido de Welck —comentó John Burton, acercándose—. No sé cómo el profesor puede soportarlo.

—¿Fuma? —invitó el muchacho, ofreciéndole un cigarrillo al arqueólogo norteamericano.

Éste asintió y lo encendió. Burton se mantenía en esa edad intermedia en que si bien se ha perdido la primera Juventud sigue en pleno vigor el cuerpo y la mente. Burton era metódico, disciplinado y silencioso, una cualidad que Abbot apreciaba

sobremanera.

—Usted fue el primero en acudir en auxilio de Hería, ¿verdad?

—Siguió Burton.

—Sí. Me llamó por teléfono.

—¿Tuvo fuerzas para tanto?

—La verdad es que se encontraba muy mal cuando me habló.

—Es curioso... —Burton lanzó, una columna de humo contra el sol dorado—. ¿Por qué le llamaría a usted? ¿Eran buenos amigos?

Kenny miró de reojo a su interlocutor. Burton era más sagaz de lo que parecía... y casi por casualidad tocaba un punto crucial.

—Quizá pensó que yo estaba en condiciones de ayudarla.

Burton asintió.

—Sí; su habitación es la más próxima.

—También pudo pensar que yo no iba a traicionarla. Fue un disparo al azar. Burton no pareció comprender el sentido de aquellas palabras.

—Desde luego, es extraño que una serpiente se hallara dentro del lecho, ¿verdad? Esas cosas sólo ocurren en las novelas...

—Celebro que lo haya notado. Quizá tengo una imaginación muy excitable, pero he pensado que una serpiente podría ser un cómplice ideal para un crimen perfecto.

Burton respingó y fue a decir algo, pero Gower Anderson se le adelantó:

—Creí entender que ibas a olvidar tus fantasías, Kenny.

El muchacho miró a la puerta que comunicaba el comedor con la terraza y arrojó el cigarrillo al suelo de anchas losas rojas.

—Tiene usted razón.

Anderson no dijo nada y pasó de largo.

—¿Me acompaña, Burton? Quiero cotejar unos datos con usted.

El resto del equipo salía también. Dennis Welck le miró furioso y trotó en pos de su jefe. Tras él salió Víctor Kent, un muchacho alto y rubio, con la epidermis rojiza característica de los ingleses. Sostenía siempre entre sus dientes una pipa de la que, extrañamente, brotaba siempre un aroma agradable. Oxford lo había enviado a Asuán como agregado a la expedición del profesor Anderson y en realidad Kent constituía un típico ejemplar de la corrección británica.

—Oh, me alegro de encontrarle, Kenny —sonrió, amablemente

—. Usted ya imaginará que voy a pedirle algo: pues bien, así es. Necesito unas fotos para ilustrar mi informe a la Universidad: ya sabe, cada mes debo justificar mi presencia aquí con la descripción de los últimos trabajos realizados.

—Con gusto le ayudaré, señor Kent. Le haré las copias que precise.

Víctor Kent se rebuscó en los bolsillos y sacó un sobre abultado.

—Estas fotos pertenecen a la colección del profesor, quien me las ha prestado para que pueda seleccionarlas con vistas a mi informe. En el dorso de cada una verá usted el tamaño de ampliación que preciso.

Kenny se guardó el sobre.

—Esta misma noche me pondré al trabajo, señor Kent.

El inglés se inclinó cortésmente ante él y descendió por la escalera en dirección a los coches que aguardaban junto al bordillo de la acera. Kenny vio que Anderson y Burton hablaban animadamente en presencia de Welck. Víctor Kent se les unió sin dejar de lanzar bocanadas de su pipa, y luego, todos juntos, entraron en el bar. Por el extremo opuesto de la calle vio el coche verde que la noche anterior había estado a punto de matarle que avanzaba hacia el hotel, conducido por Ahmed. Cuando aparcó, el criado hizo señas a Kenny de que todo estaba en orden y el muchacho bajó a la calle.

—Todo dispuesto, señor.

—Aún tardaremos algo en salir, según veo.

El fiel criado le miró intensamente.

—No eran fantasías mías, ¿verdad?

—¿Cómo dices?

—¿Recuerda lo que le dije anoche?

Kenny escrutó las negras pupilas de Ahmed.

—Estás enterado.

—Oí cómo el profesor se lo contaba a la señorita Cynthia... ¡Le aseguro que no me gusta escuchar conversaciones ajenas, señor! —protestó rápidamente al advertir la expresión de su amo—, pero es que el profesor se lo dijo en el jardín, antes de que nadie hubiera bajado todavía... Estaba todo silencioso y el profesor habla muy alto...

—Bien, Ahmed, no repitas una sola palabra a nadie.

—Se lo prometo, señor. Puede confiar en mí —luego añadió, inquieto—: ¿Se encuentra bien?

—Sí.

—Tenga cuidado, mucho cuidado... Esa serpiente... era sagrada: encarna el espíritu del mal. No se fíe, señor. Alguien le quiere mal. Y no vuelva a visitar el Monasterio por la noche, ayer pudo costarle muy caro.

A Kenny le inquietaba la penetración de su criado y por eso mismo no acertaba a responderle adecuadamente para convencerle de que no tenía miedo alguno a sus supersticiones. Por fortuna vio a Cynthia y eso constituyó suficiente excusa para dejarle sin explicaciones.

La muchacha se detuvo junto al coche de su padre y metió en él un amplio bolso.

—Papá me ha contado lo que te ocurrió anoche —dijo la hija de Anderson—, pero eso no justifica tus expresiones violentas.

Abbot buscó inútilmente los verdes ojos femeninos que tantas veces le habían cautivado.

—¿Te ha dolido lo que le he dicho al estúpido de Dennis?

—¡Kenny! Es... indigno tu comportamiento.

Se volvió rápida y entró en el bar, dejándole plantado en la acera. El muchacho no lo lamentó. Odiaba aquel tipo de escenas y no le gustaba soportarlas ni aunque se tratase de Cynthia.

Entró en el hotel y subió a su habitación. Se proveyó de cigarrillos y volvió a salir, pero no bajó a la calle. Sus ojos recorrieron el desierto pasillo hasta el recodo tras el que se hallaba la habitación de los Baum. Unas horas antes, Herta estaba llena de vida y ahora yacía en el depósito de cadáveres del hospital en espera de la formularia autopsia. Nadie había sido molestado por aquello, nadie había visto nada anormal en el suceso, a excepción de él mismo.

Avanzó en dirección al recodo. Herta había visto algo en el Monasterio y no había querido contárselo, pero eso no le había salvado la vida. Era evidente que trató de proteger a alguien, y el primer nombre que a Kenny le venía a la mente era el de Kurt Baum, el marido de Herta.

Se detuvo ante la cerrada puerta. Era arriesgado lo que intentaba. Kurt podía no ser Inocente y, en ese caso, no vacilaría en

silenciar a la persona que amenazara su impunidad...

Llamó con los nudillos, no obstante. Le salió una señal imperiosa y aguardó unos segundos, a la expectativa, vigilante para evitar sorpresas.

Oyó ruido al otro lado y la puerta se abrió unos centímetros. Kurt Baum tenía una expresión cenicienta y desvaída. Sus ojos estaban enrojecidos, como si hubiese llorado o como si tuviera demasiado alcohol en su cuerpo.

—¿Qué quiere?

Se trataba de *whisky*. La vaharada produjo arcadas en el estómago de Kenny a aquellas horas de la mañana.

—Tengo que hablar con usted, Kurt.

—Lárguese. ¿No puede estar un hombre solo con sus tristezas?

Kenny empujó la puerta y entró. La habitación presentaba muy nial aspecto después de las horas que Baum había pasado allí. Había botellas, colillas y ropa en desorden.

Se volvió hacia el alemán.

—¿Estuvo usted anoche en el Monasterio?

—No.

—Ha respondido muy deprisa. ¿Tenía preparada la contestación?

—¿Qué busca aquí?

—Al asesino de Herta.

—Usted debe estar más borracho que yo.

—Tampoco ha bebido usted tanto como aparenta. Herta visitó anoche el Monasterio. ¿Le seguía a usted? Yo también fui por allí y alguien quiso atropellarme con mi propio coche.

—Oiga, no tengo humor para escuchar sus penas —farfulló el alemán, violentamente.

Kenny le sujetó por la ajada y sucia camisa.

—Llegaré al final, Kurt. ¿Fue usted quien me robó el coche?

—¡Suélteme!

—Herta vio algo allá, algo peligroso para alguien. ¿Quizá para usted? Yo la traje al hotel y quizá eso firmó su sentencia de muerte. Porque nadie va a hacerme creer que la casualidad o la fatalidad pusieron la serpiente en su cama, justamente una noche en que usted no estaba en la habitación.

—¡Le digo que no sé nada!

—No le creo. ¿Qué hablaba usted con Fawzia? Parecía muy importante y usted me echó prácticamente para que no fuera testigo. Luego ella se marchó y usted la siguió. ¿A dónde? ¿Qué tiene que ver ella en el asunto?

Kurt Baum tenía los ojos saltones y la boca humedecida por espumarajos de rabia. Ferozmente golpeó a Kenny en la barbilla. El muchacho perdió el equilibrio y cayó hacia atrás, arrastrando una silla en su caída. El ataque había sido imprevisto y no pudo evitarlo.

El alemán parecía haber enloquecido súbitamente. Sus manos aleñaron desesperadamente una silla y la dejó caer violentamente contra el muchacho. Kenny rodó en el suelo, pero no pudo eludir el golpe por completo. Una de las patas le alcanzó en la sien y ante sus ojos se extendió un velo grisáceo. Vagamente, a través de las brumas que le envolvían, oyó los pasos precipitados de Kart Baum huyendo y luego el portazo.

Tardó varios minutos en recuperarse. Pesadamente se incorporó y se arrastró hasta el baño. Tenía una herida en la sien derecha que se lavó con agua y luego desinfectó con alcohol.

Un cuarto de hora después se encontraba de nuevo en la calle. Los coches de la expedición ya habían partido y sólo encontró el suyo, con Ahmed al volante.

Los ojos de su criado, siempre alerta, advirtieron la herida de la cabeza.

—Mi amo no tiene cuidado...

CAPÍTULO V

La mañana transcurrió tranquila, bajo el ardiente sol. Kenny y Ahmed, protegidas sus cabezas por sendos sombreros, se afanaban con sus máquinas tomando fotografías de las excavaciones. Los obreros manejaban los picos bajo la atenta vigilancia de John Burton, en una paciente labor en busca de restos en el subsuelo, mientras el profesor Anderson y su ayudante se ocupaban en levantar unas pinturas murales del refectorio del monasterio.

Kenny se refugió bajo los altos techos que habían albergado a una comunidad monacal, ocho siglos atrás. Sudaba copiosamente. Aquél era un trabajo para el que se precisaba una vocación especial. Durante semanas enteras se trabajaba inútilmente, sin el menor resultado. En ocasiones parecía que era una estupidez insistir en una tarea que se ofrecía estéril, pero Kenny había aprendido que la primera virtud de todo arqueólogo es la paciencia, y que los hallazgos valiosos se obtenían, generalmente, al cabo de años de desesperante y monótono trabajo de desescombro.

Sacó un paquete de cigarrillos y encendió uno. Había hecho varias tomas de las zanjás que se abrían bajo la dirección de Burton, y prácticamente su trabajo había terminado a no ser que la suerte les fuera propicia y surgiera algo de importancia.

—Hace un calor endemoniado —oyó que el profesor Anderson le decía, acercándose—. ¿No te apetece un refresco?

—Daría algo por estar en Suiza. Este clima acabará con mis nervios.

Fueron al rincón más sombrío del Monasterio y levantaron la gruesa tapa de corcho y fibra que protegía el arcón de los refrescos repleto de hielo. El propio Anderson descorchó dos botellas y ofreció una al fotógrafo.

—¿Te ha caído encima algún escombro de la techumbre? —preguntó, mirándole la herida de la cabeza.

—Fue Kurt Baum: con una silla. Creo que intentaba probar la solidez de mi cabeza.

El científico respingó.

—¿Otro problema?

—Estaba borracho... al parecer. Le hice algunas preguntas relacionadas con Herta, y...

Anderson bebió ansiosamente el frío líquido.

—¿Todavía con eso?

—Lo siento, supuse que él desearía colaborar.

—Parece ser que no era así.

Terminó la botella y la dejó a un lado. Luego, repentinamente serio, trató de alejarse, pero Kenny le tocó en el brazo.

—Una sola pregunta, profesor: ¿dónde hallaron anoche a Kurt?

—Esa pregunta implica una acusación. Si se la hiciste a él me explico su cólera.

—Le dije algo más, profesor. Le pregunté si visitó este Monasterio ayer y si fue él quien trató de atropellarme. Herta estaba aquí también y no quise hablar, se negó a explicarme qué hacía aquí. Era evidente que protegía a alguien, y ¿a quién puede ayudar una esposa más que a su marido?

Anderson bajó la cabeza y su corta barbita blanca reposó en su pecho. Con la punta del pie trazó unas líneas en el suelo de tierra apisonada.

—Lo halló Dennis en un tugurio infame, bebiendo sin control. Al parecer llegó muy oportunamente, pues los nativos empezaron a mirarle con malos modos... —hizo una pausa y luego añadió—: Él no pudo matar a su esposa, ya ves. Estaba lejos cuando ocurrió.

Kenny sonrió.

—No he dicho que él asesinara a Herta, pero... su coartada le sirve de muy poco: la serpiente podía llevar horas en la cama, aguardando. Sobre todo si le habían dado de comer hasta hartarse.

El profesor exhaló una especie de gemido.

—¿Quieres volverme loco? ¡Yo sólo soy un arqueólogo! Por favor, no me distraigas más con esas ideas tuyas: tengo un trabajo muy delicado entre manos.

Le dejó, con gesto enfadado, y entró en el dédalo de corredores para dirigirse al refectorio. Kenny se dejó caer sobre uno de los sillares desprendidos de los muros y miró hacia la ardiente claridad

exterior. Desde donde estaba podía ver la zanja que cavaban los obreros, insensibles al parecer al calor. De pie, atento a cuánto extraían, John estaba sumido al parecer en aquel trabajo para él apasionado.

Almorzaron al amparo del Monasterio, al filo del mediodía. Los obreros se apiñaron contra uno de los muros, en el exterior, a la sombra, y los arqueólogos ocuparon diversos sillares próximos al rincón donde reposaba el arcón con el hielo y las bebidas frescas. La conversación era lánguida y en lo único que pensaban todos era en mitigar la sed.

Víctor Kent llegó el último y antes de sentarse miró a los reunidos:

—¿Alguien ha tocado las piezas que encontramos la semana pasada?

El profesor Anderson alzó la cabeza.

—¿Qué ocurre, Víctor?

—Ha desaparecido aquel puñal de la sexta dinastía que Burton halló en su zanja.

El aludido lanzó una imprecación.

—¿El puñal? ¡Rayos, eso es importante! Era la mejor pieza que habíamos encontrado en un mes.

Anderson miró a la totalidad de su equipo.

—¿Alguien lo tomó para examinarlo?

Todos movieron la cabeza negativamente. El profesor miró a Kenny.

—¿Y tú? ¿Lo fotografiaste?

—Sí; ayer. Pero se lo devolví a Burton.

—Es cierto —asintió éste—. Y lo guardé otra vez en el cofre. Estoy seguro de haberlo cerrado bien... y la cerradura no ha sido forzada, así que no pudo sustraerlo ninguno de los obreros. Tuvo que llevárselo alguien relacionado con nosotros... o quizá alguno de los que estamos aquí.

Sus palabras fueron dichas con la debida lentitud para que adquiriesen un dramatismo especial.

Hubo un largo silencio durante el que todos se miraron entre sí. Kenny fue el primero en hablar.

—Ya saben que yo no soy un experto, por tanto, no les extrañará que pregunte si ese puñal tenía un valor especial.

Fue el propio Anderson quien explicó:

—No es excesivamente valioso: al menos, no es la clase de pieza que tentaría a un coleccionista, aunque no puede decirse que fuera despreciable. ¿Quién puede haberla sustraído?

Kenny repasó las expresiones de los reunidos. Burton estaba indignado: Dennis, nervioso; Víctor Kent parecía distraído, entrecerrados los ojos, como si el asunto no fuera con él, y Cynthia vigilaba la cólera contenida de su padre. El equipo estaba completo con la única excepción de Kurt Baum, y todos ellos habían coincidido en afirmar que no habían tocado el puñal.

El resto del almuerzo resultó violento y desagradable. Apenas volvieron a intercambiarse nuevas palabras, pero a cambio las miradas inquietas y desconfiadas circulaban por la reunión, como reptiles malintencionados.

Kenny fue el primero en levantarse, sin aguardar el café que preparaba un criado egipcio. Salió a lo que quedaba de un porche milenario y se recostó en una columna mientras fumaba un cigarrillo. Al poco oyó tras sí unos pasos. Era Gower Anderson.

—Estás pensando algo, Kenny.

—Hola, profesor. Veo que por una vez le Interesan mis locas ideas.

—¿Qué es ello, Kenny? ¿Quién ha robado el puñal? —No lo sé.

—Pero sospechas de alguien. Dímelo. Eso es algo que no puedo tolerar.

—Es lógico: tiene más importancia ese robo que la muerte de Herta.

Al científico se le colorearon las mejillas. Por un momento pareció a punto de explotar, pero supo contenerse.

—No me has respondido.

—Puedo estar equivocado, pero la única persona que no está aquí ahora es Kurt Baum, y tengo motivos para pensar que él visitó el Monasterio anoche. ¿Por qué no le pregunta a él?

—¡Claro que lo haré!

Le dejó y volvió al grupo de arqueólogos.

—Burton, por favor, coja un coche y regrese a Asuán: es conveniente que busque a Kurt Baum y lo traiga. Tengo que hacerle unas preguntas.

No fueron precisas más aclaraciones. En los ojos de todos nació

idéntica sospecha.

Kenny y Ahmed disponían una de las cámaras para hacer una panorámica que mostrara los alrededores del lugar donde se llevaban a cabo las excavaciones. El primero había elegido el punto de toma, y Ahmed se afanaba por instalar la pesada cámara sobre el trípode rígido.

—Ese puñal... yo lo vi —Ahmed se humedecía los labios y en sus ojos negrísimos bailaba una mirada inquietante—. ¿Se fijó que el mango era una serpiente similar a la que anoche mató a la señora Baum?

—¿Qué quieres decirme?

—Usted lo llamará superstición, señor, pero... hay un espíritu del mal suelto, acechándonos.

—¡Tonterías! Vamos, instala pronto la cámara y cuida que no se caiga al suelo, o conocerás de verdad a un espíritu del mal.

Kenny se alejó de allí y con las manos en los bolsillos revisó una vez más los alrededores. Al enterrar sus manos en los bolsillos, sus dedos tropezaron con el grueso sobre que le diera Víctor Kent. Lo sacó y revisó las fotografías para hacerse una idea del trabajo que le había sido encargado. El inglés necesitaba al menos un ejemplar de cada una de ellas: eso suponía un fatigoso trabajo de laboratorio.

En aquellos documentos gráficos se advertía el progreso de las excavaciones en el Monasterio copto de San Simeón y ofrecía también bonitas perspectivas de los alrededores. Incluso había varias tomas de las tumbas de nobles pertenecientes a la sexta dinastía que se alzaban no lejos de allí, en la misma orilla oeste del Nilo.

Eran unas tumbas que caían fuera de la jurisdicción de la expedición arqueológica. El profesor Anderson y Kenny las habían examinado más de una vez pero no habían obtenido el correspondiente permiso para abrirlas. Nadie las había tocado, según se afirmaba, porque estaban reservadas para científicos del país.

Kenny se aproximó lentamente hacia la boca de las tumbas excavadas en las rocas. Grandes piedras obturaban la entrada perfectamente, de la forma eficaz que caracterizaba todo lo que se construyó en tiempos de los faraones, especialmente aquello que servía de última morada para éstos o sus nobles.

Repasó al mismo tiempo la colección de fotografías. Sí; había obtenido varias del exterior de las tumbas. En todas ellas se advertían las grandes losas oblongas adheridas a la boca de entrada y convenientemente selladas para impedir un acceso no autorizado.

Oyó la voz de Ahmed que le llamaba. Se volvió a tiempo de ver cómo su criado le hacía señas de que la cámara estaba instalada. Kenny asintió y se dispuso a regresar, pero antes echó una ojeada a las distintas tumbas.

Parpadeó, asombrado. Sus ojos descendieron a la fotografía que tenía en la mano y luego volvieron a la pared rocosa, donde se alineaban cuatro bocas, sólidamente cerradas.

La segunda empezando por la derecha había sido tocada.

Se aproximó un poco más. Los sellos estaban intactos, pero la piedra había sido removida y vuelta a poner... de distinta forma.

La fotografía no mentía. En ella figuraba la losa con forma rectangular, erguida verticalmente. Sus proporciones no eran regulares, no obstante. Los lados más cortos eran de distintas dimensiones, y el mayor de ellos formaba la base. En otras palabras, tenía casi forma de trapecio.

Y la losa que estaba viendo frente a sí, tenía la base más estrecha que la cúspide.

Kenny se humedeció los labios. Los sellos aparecían intactos. ¿O habían sido renovados? Pero la pesada losa de granito negro había sido removida y vuelta a colocar en diferente posición.

Ahmed volvió a llamarle. El sol avanzaba hacia el horizonte y a cada momento las sombras eran más largas. Si no se daba prisa en tomar la fotografía debería retrasarla hasta el día siguiente, si quería obtener buenos resultados.

Se guardó el sobre con las fotos y volvió a mirar a las tumbas. Todo estaba normal, a excepción de aquella losa.

Cuando regresó junto a su criado, éste le observaba con recelo.

—¿Dónde viste esas luces, Ahmed? —preguntó Kenny mientras enfocaba la cámara.

—¿Luces, señor?

—Sabes a lo que me refiero, no te hagas el ignorante —reprochó—. Te hablo de las luces que viste anoche. ¿Dónde flotaban?

—Oh, por ahí...

—¿Exactamente?

El criado carraspeó. Estaba nervioso. Volvía a tener miedo.

—En... no sé, señor. Flotaban... quizá en las tumbas.

—Ya.

—Espíritus, señor. Según las inscripciones, esas tumbas pertenecen a unos gobernadores de la sexta dinastía... Mataban de hambre al pueblo y... no pueden hallar el descanso eterno. Por eso... por eso sus espíritus están condenados a vagar eternamente, como castigo...

—¿Todo eso lo has leído en las inscripciones? ¿Conoces el lenguaje jeroglífico?

—Oh, no... Son cosas que se cuentan.

—Olvídate de esas historias y dame el disparador de cable. Estás olvidando el oficio.

—Perdón, señor —Ahmed sacó de la bolsa de accesorios el largo cable y lo aplicó al disparador.

Kenny hizo la foto y suspiró.

—Recógelo todo y vámonos.

Se dirigió al Monasterio con semblante preocupado. Los obreros continuaban en la zanja, bajo la inspección constante de Burton. Éste le hizo una seña a modo de saludo, pero Kenny no se detuvo. Rodeó el edificio medieval y entró en el cobertizo donde estaban aparcados los coches. Viniendo de la claridad exterior tuvo que hacer un esfuerzo para acoplar sus ojos a la penumbra. Por eso oyó antes las voces que a quienes las pronunciaban:

—¡No, no, déjame!

—Oh, querida, ¿vas a negarte?

Cynthia jadeó por el esfuerzo.

—¡Por favor, Dennis!

Kenny pudo distinguir junto a los coches que Welck abrazaba a la hija del profesor contra la oposición de ésta.

Sin dudarle, el muchacho cruzó la distancia que le separaba de la pareja y dio un zarpazo a Dennis para apartarlo. Éste soltó a Cynthia y se revolvió, congestionado el rostro.

—¡Maldito entrometido!

Fue a golpearle, pero Kenny alargó súbitamente el puño. Los nudillos alcanzaron a Welck en plena barbilla, arrojándolo contra uno de los coches. El ayudante del profesor dio una voltereta y cayó de espaldas, bajo las ruedas de uno de los «jeeps». Allí sacudió la

cabeza lentamente, tratando de despejarse, pero el golpe de Kenny había sido demasiado violento y su resistencia era menor de lo que hacía suponer su porte de atleta de piscina.

Cynthia exhaló un corto grito.

—¡Kenny!

Éste se revolvió.

—He acudido en tu ayuda porque he creído que lo deseabas...

¿O acaso no era así? Si he estropeado algo lindo, perdóname: ya sabes que soy muy primitivo.

La muchacha enrojeció.

—¿Por qué has de resultar siempre tan brusco?

El fotógrafo se chupó los nudillos lastimados.

No soporto las situaciones equívocas, eso es todo. Y ahora, perdona. Tengo que regresar a Asuán y seguramente estás deseando cuidar a tu campeón.

Montó en el coche verde y salió del cobertizo a toda velocidad, rugiendo el potente motor del vehículo.

CAPÍTULO VI

Un agente de policía uniformado introdujo a Kenny en el despacho del oficial Ornar Zayat. Mientras avanzaba hacia el escritorio, recibió la sonrisa excesivamente obsequiosa del policía.

—Buenas tardes, señor Abbot —saludó. El negro bigote era aquel día más primoroso que la víspera—. ¿Puedo serle útil en algo?

Le mostró una silla y el muchacho la ocupó.

—Pasaba por aquí y se me ocurrió preguntar por el resultado de la autopsia de la señora Baum.

—Oh, claro. Se trataba de un puro formulismo determinado por la ley. Naturalmente, la causa de su muerte fue la mordedura del reptil que usted mismo eliminó. ¿Por qué ese interés, señor Abbot?

—Es lógico; ella pertenecía a nuestro equipo científico.

—Comprendo. ¿Algo más señor Abbot?

—No, no; gracias —pero no se incorporó todavía, a pesar de que Zayat había dado por concluida la entrevista.

—He supuesto que ustedes desearán trasladar el cadáver a Europa y... me he adelantado a la petición que sin duda presentarán ante mí. Acabo de enviar al señor Baum la autorización pertinente para que pueda sacar del país el cadáver de su esposa.

—Una vez más, gracias —se levantó y aceptó la mano que le tendía el suave y untuoso policía.

—¿Tienen éxito las excavaciones? —preguntó éste por pura fórmula.

—Unos días sí, otros no. Es un trabajo lento y monótono. Esta tarde eché una ojeada a las tumbas de los nobles de la sexta dinastía.

Zayat achicó los rasgados ojillos.

—Eso cae fuera de la jurisdicción de ustedes, ¿no?

—Cierto. Nuestro equipo trabaja únicamente en el Monasterio

de San Simeón.

—Estoy seguro de que ustedes respetarán los límites de su concesión.

Era una advertencia. Casi una amenaza, a pesar de la amable expresión.

—Unas tumbas curiosas —Kenny pareció no haber entendido—. ¿No sería posible que tomara unas fotografías del interior de las mismas? Conozco un montón de revistas ilustradas que pagarían gustosas una exclusiva por esas fotos.

—Nada me haría más feliz que complacerle, señor Abbot. Desgraciadamente, no estoy autorizado para permitirle la entrada.

—Lo suponía. ¿Nadie ha violado esas tumbas?

—Imposible. Están selladas.

—¿Tanto valor contienen?

—¿Quiere decir tesoros? —rió—. Oh, creo que no. Tal vez los habría si se tratara de tumbas faraónicas, pero ahí sólo reposan los restos de unos nobles. Su única importancia reside en el aspecto científico, usted ya sabe lo que es eso.

—¿Por qué no se abren de una vez? Cualquier grupo científico de los que estamos en el Desierto de Nubia para salvar los tesoros arqueológicos que quedarán inundados por la presa de Asuán nos ocuparíamos gustosos de esa tarea.

—Mi querido señor Abbot, resulta que en Egipto también tenemos arqueólogos y expertos en egiptología... Al fin y al cabo, se trata de nuestra historia... Esas tumbas están reservadas para un equipo de el Museo de El Cairo.

—Entiendo —se inclinó unos milímetros—. Agradecido por todo.

Salió a la calle y respiró el aire que empezaba a refrescar. El sol rozaba el horizonte, a punto de sepultarse en las dunas del desierto. Dentro de poco sería de noche y Asuán recobraría su vida por unas horas.

Avanzó por entre las palmeras que flanqueaban el paseo. Desde lejos vio los coches aparcados delante del hotel. Cuando llegó, los chóferes indígenas se llevaban los vehículos para guardarlos en el garaje.

En el bar estaba el profesor Anderson ante una taza de café. Al verle, le hizo una seña para que se acercase.

—Baum no está; no podemos encontrarlo —confió en un

susurro.

Kenny pidió un cóctel helado y se encaramó en un taburete.

—¿Y su equipaje?

—Intacto en la habitación. No ha podido marcharse, pero... no aparece.

—Está confuso, ¿verdad, profesor?

—Oh, pues... ¡claro! ¿No tienes siempre ideas brillantes? ¿Por qué no encuentras una explicación a esto?

—¿Sigue sin pensar que todo tiene una relación? La presencia de Herta en el Monasterio, el atentado de que fui víctima, la muerte de Herta, el robo del puñal y la desaparición de Kurt son factores del mismo problema.

—Sí, sí, sí... Me lo has dicho mil veces desde anoche. Pero ¿cómo lo relacionas todo entre sí? Eso es más impenetrable que los jeroglíficos de las tumbas. No hay explicación lógica para eso. Aun en el supuesto de que Kurt hubiera robado anoche el puñal, no es motivo suficiente para que intentara asesinarte ni para que matara a Herta, si es que ella fue su cómplice.

—Eso es cierto, pero creo que he encontrado algo más.

—¿Sí? —Anderson se acarició la barbita, nerviosamente.

—Vea esta foto.

Le mostró la que ofrecía una vista de las tumbas de la sexta dinastía.

—¿Qué hay en ella de extraño? No la conozco.

—Hoy he pedido compararla con el original.

—¿Y qué? ¿Las han abierto por fin? No tengo noticias de que haya llegado el equipo del Museo.

—No, continúan cerradas... oficialmente. Pero esta tumba, la segunda empezando por la derecha, ha sido tocada.

—¿Ladrones también?

—No sé. En todo caso, son ladrones que poseen los moldes de los sellos oficiales. Porque la losa de granito tenía sus sellos.

—¡Eso es absurdo! Pero ¿quieres decirme de una vez qué has visto?

—Cómo ve, esta losa tiene la base más ancha que la cúspide. Pues bien, en la tumba está al revés. Alguien la levantó y luego la puso al revés.

—Muchacho, sigues padeciendo alucinaciones del desierto. Eso

es algún efecto óptico, si es cierto que los sellos están intactos.

—No me crea si no quiere, profesor. Usted me pidió que se lo explicara y... yo lo hice. Éste es uno más de los sucesos extraños que estamos padeciendo. Si realmente le interesa encontrar a Kurt Baum... investigue qué ocurre en esas tumbas.

Anderson negó rotundamente.

—No me acercaré a ellas por nada de este mundo. Nos expulsarían del país y... tendrían razón al hacerlo.

Kenny terminó el cóctel y suspiró.

—¡Y nos quedan tres meses de trabajos todavía! Por supuesto, profesor, que no renovaré mi contrato. No me gustan los misterios...

Con los faros apagados, Kenny hizo avanzar el coche unos metros más y luego lo detuvo. A través del parabrisas miró hacia la oscura mole del Monasterio de San Simeón. Fuera del coche, el viento soplaba arrastrando nubes de arena.

Terminó el cigarrillo y lo aplastó contra el cenicero. Luego, lentamente, se vació los pulmones de humo.

Se había repetido una docena de veces que no estaba en su sano juicio al intentar aquello, pero aun así allí estaba, en un mundo hostil y desconocido, dispuesto a violentar un secreto que se oponía a su lógica.

Sacó las llaves de contacto y las guardó en el bolsillo del pantalón. No estaba dispuesto a correr otro riesgo como el sufrido la noche anterior. Luego recogió una potente linterna de la bolsa de la portezuela y bajó del vehículo.

Entrecerró los ojos y apretó la boca, pero lo hizo tarde y en la lengua notó la aspereza violenta y desagradable de la arena.

Avanzó hasta protegerse en una de las fachadas del viejo Monasterio y miró hacia donde estaban las tumbas de los nobles egipcios de la sexta dinastía. No había luces ni fuegos espectrales. La noche parecía vacía de vida, a excepción del viento que brotaba monótono de no sabía dónde.

Se decidió al fin. En la oscuridad, no podía elegir el camino y sus pies se hundían en los hoyos que los remolinos de aire cavaban en el suelo o tropezaban contra las dunas. En un instante notó su cuerpo cubierto de arena, raspándole la piel insistentemente.

No encendió la linterna ni una sola vez y sólo con el resplandor

de la luna consiguió llegar a las masas rocosas en las que estaban horadadas las tumbas.

Frente a las cuatro bocas se detuvo. Parecía aquél un paisaje abismal. Aun sin querer, recordó los temores de Ahmed. Diríase que un espíritu maligno protegía las tumbas, y la vieja leyenda de los maleficios que amenazaban a los violadores del descanso eterno penetró una vez más en sus huesos.

Vaciló. Algo le decía que retrocediese. Quizá era su instinto de conservación, ese impulso que el hombre ha adquirido a lo largo de millones de años y gracias al cual ha sobrevivido en un mundo en el que era el más débil de los animales. Pero Kenny sacudió la cabeza, tercamente. Si retrocedía su propia estimación sufriría un rudo golpe.

Apretó los dientes y la arena crujió entre ellos, desagradablemente. Aferró con más fuerza la linterna y se llegó a la segunda de las tumbas.

Allí estaban los sellos, intactos. Sus dedos, palpando suavemente, se lo dieron a conocer. Pero estaba seguro de que alguien había variado la posición de la losa.

Encendió la linterna muy cerca de la roca. El cono de luz no podía ser visto de muy lejos ya que no reflejaba fuera de la losa.

Allí estaban los sellos oficiales, asegurando la integridad del cierre. El granito negro aparecía sólidamente encajado en el hueco de la cueva, como si nunca hubiera sido movido de su sitio. El examen, tan de cerca, no permitía descubrir ningún detalle que hiciera sospechar en una violación de la entrada, pero Kenny tenía la seguridad de que había habido alguna manipulación extraña por la prueba de la fotografía.

Continuó examinando la ranura de unión. Palpó la piedra hasta donde le alcanzaban los brazos. Todo era normal. Fijó la luz en los sellos. Los hilos de acero tensados entre ellos aseguraban la inmovilidad de la piedra que obturaba la entrada. Suavemente tocó los sellos para asegurarse de que estaban sólidamente unidos a la roca.

De pronto se detuvo en su examen. Algo había cedido bajo la yema de los dedos. Algo con calidad de muelle.

Volvió a apretar, buscando el resorte. Respiraba agitadamente y sentía que estaba a punto de descubrir algo sumamente importante.

Ya no le importaba la arena que mordía ni el aire que le cegaba. Lo único válido era aquel resorte oculto que cedía y cedía...

Crujió algo en la roca.

Luego, poco a poco, la losa giró sobre unos goznes invisibles. Kenny lanzó el chorro de luz a la abertura que acababa de ofrecerse a su vista. No vio más que un corredor corto que terminaba súbitamente en un recodo que impedía la visión del interior. Un aliento llegó hasta él, como el hedor de una tumba cerrada durante siglos.

Una vez más percibió claramente la señal de alarma en su cerebro, pero en lugar de escucharla Kenny dio un paso y luego otro. En el umbral de la extraña puerta examinó el quicio. En la roca del interior había señales recientes de herramientas y cemento aún reciente sujetando unos goznes forjados en un taller moderno.

Nada de aquello era milenario, nada pertenecía a los antiguos egipcios. Los goznes, el cemento y el resorte que accionaba la cerradura eran del siglo Veinte. Las maldiciones faraónicas, y los conjuros de los sacerdotes para los profanadores de las tumbas quedaban muy lejos. Aquello pertenecía a la cotidiana historia de la delincuencia...

Avanzó un poco más... ¡y la puerta se cerró!

En la oquedad del enrarecido ambiente resonó lúgubrementemente el golpe de la losa contra la boca de la cueva.

Aquello era lo más parecido a una trampa. Kenny no se aterrorizó, sin embargo. Estaba seguro de que podría encontrar el resorte capaz de accionar otra vez la puerta, pero lo que más le interesaba era conocer a dónde conducía aquel pasadizo.

Avanzó con cuidado, manteniendo ante sí la linterna que iluminaba el camino. Llegó al recodo y se asomó cautelosamente. El corredor se hundía en la tierra, suavemente, sin que nada hiciera presagiar el final ni tampoco lo que se encontraría cuando terminara el pasadizo.

Conforme se adentraba en la tumba, Kenny sentía el ambiente más sobrecargado. Había poco oxígeno y este enrarecido con aromas que le trasladaban a los tiempos faraónicos, bálsamos y ungüentos para eternizar los cadáveres bajo su envoltura de lienzos de lino.

Kenny se detuvo y escuchó. El silencio era absoluto. Ni el viento

ni el rumor de los saltos de agua de la presa de Asuán llegaban hasta allí. Era un silencio de muerte. Un silencio que se materializaba en aquel hedor sofocante y embriagador.

Siguió caminando, cada vez más lentamente. Con cada paso se le metía en los huesos el ambiente de la tumba, la zozobra de la muerte próxima...

Volvió un recodo y su linterna enfocó una escultura amenazadora, violenta. El exorcismo de un sacerdote maldiciendo a quién atravesara el umbral.

El muchacho dio un respingo y retrocedió un paso. La estatua parecía surgida del mismo infierno y la luz espectral de la linterna enfocándola desde abajo dramatizaba aún más sus facciones.

Kenny se dio cuenta de que en el pecho su corazón bombeaba sangre con violencia, enviándola a todo el cuerpo, en una reacción desesperada e instintiva que revelaba el terror contenido.

Apretó los dientes hasta que rechinaron. La arena acumulada en ellos crujió produciéndole un escalofrío nervioso. Luego, desvió la mirada de la aterradora escultura y siguió adelante.

Se encontró en una cámara casi redonda con numerosos objetos cargados de polvo, desordenados, pegados a las paredes. En el centro había un sarcófago de madera con incrustaciones de oro y plata. Al enfocar la linterna, el oro destelló un reflejo dorado que resultaba tentador y que justificaba bien la pasión que los ladrones de tumbas habían tenido desde milenios atrás por encontrar sepulturas no mancilladas antes por nadie. En las tumbas, los faraones y los nobles acumulaban sus objetos personales, joyas y tesoros, muebles, telas, perfumes y manjares destinados a hacer más placentera la vida en el más allá. Kenny vio de una ojeada que aquella tumba había sido bien preparada para el mayor goce del espíritu del noble enterrado en ella. Vio un lecho, varias sillas, una embarcación con un mascarón de proa bellamente tallado, y fuentes ennegrecidas que podrían ser de plata con unos residuos irreconocibles, quizá restos de lo que habrían sido sabrosos manjares preparados cuatro mil quinientos años atrás.

Kenny se pasó la mano por la frente sudorosa. ¿Aquello era todo?

No era un arqueólogo y no tenía, por tanto, la pasión por los hallazgos espectaculares. Podía comprender, sin embargo, que

aquella tumba no era extraordinaria. No al menos para justificar un asesinato y la serie de sucesos inexplicables que habían ocurrido desde el día anterior. Tampoco había justificación para el resorte de la entrada.

¿Quizá se trataba de algún tesoro que alguien buscaba allí?

Pero el resorte de la entrada había sido montado, no por una sola persona, sino por una organización que controlaba numerosos obreros. ¿Se trataba de un escondite?

Miró a su alrededor en busca de algo que le revelara el misterio de la tumba, pero no lo halló. Tampoco existían nuevas cámaras, al menos aparentemente.

Golpeó durante largo rato los muros en toda su extensión, buscando el sonido hueco que le anunciara la existencia de un departamento oculto, al que bien podría tenerse acceso por una puerta similar a la que guardaba la entrada, pero la tumba no tenía más ramificaciones.

Y, sin embargo...

¡El misterio tenía que estar allí!

Otra vez revisó uno por uno los objetos guardados en la tumba. Una arqueta sobre una mesita le llamó la atención y la abrió. Pero al levantar la tapa la madera se desmenuzó entre sus dedos, y el bello cofrecito quedó convertido en un montón de polvo.

Nada en su interior. Las joyas habían desaparecido, seguramente en tiempos de los faraones, cuando las bandas de ladrones de tumbas obligaban a los sacerdotes a ocultar la última morada de quienes habían pasado antes por la Casa de los Muertos para ser embalsamados.

Volvió al centro de la estancia y entonces la linterna enfocó el sarcófago.

¡Era lo único que no había revisado!

Tragó saliva, sintiendo repentinamente seca la garganta. Las palabras de Ahmed volvían a él, sus temores, sus supersticiones. Violar una tumba era siempre castigado por los egipcios. Ellos habían sembrado de trampas sus tumbas para asegurarse un reposo eterno; trampas mortales que tarde o temprano acababan con quienes habían tenido la osadía de turbar el reposo de los muertos.

Pero allí, bajo la tapa del sarcófago, podía estar la solución.

Alargó la mano. La rugosa superficie le hizo temblar los dedos.

Éstos buscaron algo donde asirse y hacer fuerza, pero una sola mano era insuficiente y buscó algo donde poner la linterna a fin de servirse de ambas.

Tras él, un poco a la derecha, había una mesita que milagrosamente continuaba en pie y sobre ella depositó la linterna de forma que ésta enfocase directamente el sarcófago. Luego, se inclinó sobre él y empezó a levantar la tapa.

Pesaba más de lo que suponía, señal inequívoca de que en su interior estaba recubierta por alguna plancha metálica que asegurase la conservación del mismo.

Kenny se sentía extrañamente fatigado por aquella atmosfera pesada y densa. Tanto, que las fuerzas le abandonaban y temía que sus sentidos le jugaran una broma desagradable.

Por fin quedó la tapa levantada. La linterna, bien colocada, iluminaba el interior y Kenny dio un respingo.

Dentro, extendido, un cuerpo cubierto con blanco sudario de lino descansaba desde cuatro milenios atrás, en la postura en que le habían dejado los sacerdotes.

El muchacho se mordió los labios. Había visto momias pero ninguna le había impresionado como aquélla, quizá porque siempre las examinó en un Museo o en un ambiente por completo real.

Aquello era distinto. El silencio era alucinante, los perfumes condensados, el hedor de muerte, el moho, la descomposición, todo contribuía a excitar sus sentidos, y...

Algo gruñó allá dentro.

¡Bajo el lienzo, una mano se movió!

En los oídos de Kenny las palpitaciones del corazón retumbaban como cañonazos. ¿Al contacto con el aire exterior los músculos de la momia se habían contraído, en un proceso puramente físico, por diferencia de temperaturas?

Pensaba en aquello cuando el gruñido se repitió. Luego, la misma mano, una garra retorcida, pálida, afilada brotó de debajo del lienzo y buscó ansiosamente el borde del sarcófago, como si quisiera asirlo para incorporarse y abandonar su incómodo sepulcro donde había reposado durante milenios.

Kenny gritó.

De su garganta brotó un alarido infrahumano, una alucinada expresión de terror acrecentada por la intoxicación que empezaba a

sentir por escasez de oxígeno.

Erizados los cabellos, dilatadas las pupilas por el horror, Kenny vio cómo poco a poco la momia se incorporaba sin que el lienzo le descubriera el rostro.

El muchacho retrocedió, como golpeado por alguien desde el más allá. Durante unos segundos que parecieron siglos, la momia estuvo sentada, vuelto el invisible rostro hacia él, respirando agitadamente con un estertor horripilante.

Luego estiró la mano huesuda.

¡Al mismo tiempo, Kenny vio una mancha roja que se extendía lentamente por el sudario de lino, a la altura del pecho!

Kenny ya no resistió más. Vio cómo la momia se incorporaba, como dispuesta a ir a su encuentro, y retrocedió desesperadamente, enloquecido.

Tropezó con la mesita y la lámpara se vino abajo. La bombilla se fundió con el golpe y en la sofocante tumba se hizo la oscuridad más completa.

El muchacho tropezó con algo y cayó rodando al suelo. Tras él oyó un golpe muy fuerte y sacando fuerzas de flaqueza buscó la salida con la ansiedad de una fiera acosada:

Corrió, manoteando en la oscuridad. Se ahogaba y sentía que poco a poco sus energías y su consciencia se diluían en las profundidades de la tumba:

Tropezó con una pared. El golpe en la cabeza resultó violento. De la brecha empezó a brotarle sangre empapándole el ojo derecho. Kenny arañó la pared y empezó a caer. Luchaba por mantener vivas sus fuerzas, pero empezó a derrumbarse. Sus dedos encontraron una desigualdad en la pared y trató de sujetarse a ella para no caer del todo.

¡Aquel saliente cedió!

¡Y Kenny sintió que el suelo cedía a sus pies!

Empezó a caer envuelto en la misma sofocante oscuridad. Mientras se esforzaba por contener el vértigo de la caída oyó abajo un rumor líquido y un segundo después sufrió un escalofrío al sepultarse en una corriente de agua helada.

Manoteó con la desesperación del que siente llegado el último minuto de su vida. La corriente era violenta y le arrastraba inexorablemente. Por fortuna, el agua no llenaba el túnel por

completo y en la parte superior existía una bolsa de aire mucho más fresco que el de la tumba.

Por la velocidad de la corriente, Kenny dedujo que había un gran desnivel entre aquel punto y el lugar al que iban a dar las aguas. Esto no contribuyó a tranquilizarlo. Su mente, despejada por el frío contacto con el agua y la vivificadora acción del aire no enrarecido, le hizo comprender que nunca volvería a la superficie de la tierra. Había oído hablar de corrientes subterráneas; incluso de lagos y mares existentes bajo la corteza terrestre. Su final próximo era inevitable.

Estaba temblando de frío y empezaba a notar calambres en las piernas. Aquello era el principio del fin.

Dejó de luchar contra el agua. Inhalando aire a intervalos regulares se abandonó a su destino procurando, prepararse para la muerte inminente que empezaba a entrever.

Un rumor creciente, sin embargo, le apartó de sus meditaciones. Era como un rugido lejano que iba creciendo en intensidad conforme se acercaba a él.

El muchacho se mordió los labios y apretó los puños en un gesto de impotencia. Lo que temía había surgido por fin. La corriente de agua que le arrastraba iba directamente a un precipicio, a un pozo quizá, a un desnivel de grandes dimensiones a juzgar por el ruido, en el que él sería poco más que una brizna y que, con ella, sería arrojado contra las afiladas rocas donde quedaría destrozado.

No podía ver nada. Ninguno de sus sentidos era útil en aquella inmensa oscuridad más que el oído, y éste le avisaba trágicamente su inminente final.

El rugido llegó a hacerse ensordecedor, y al propio tiempo Kenny percibió una claridad alucinante, algo que le persuadió de que empezaba a enloquecer.

Se sintió zarandeado por un remolino y el agua cambió de temperatura. En contraste con la que le había arrastrado, aquélla estaba caliente y eso le reanimó. El ruido se alejaba y nuevamente era arrastrado por otra corriente, esta vez más lenta y poderosa.

Braceando, miró hacia arriba y a los lados.

¡Casi gritó de júbilo!

Porque por encima de él, muy lejos, brillaban las estrellas y una luna le pareció maravillosa, y en la orilla más próxima vio las luces

de la presa de Asuán.

¡Estaba salvado!

De algún lugar de su cuerpo sacó las últimas energías y se dirigió a la orilla, penosamente, quemándose en el esfuerzo último.

De pronto, ante él, vio una embarcación anclada y sus ojos distinguieron la cadena que inmovilizaba el yate.

Se aferró a ella y sólo entonces se dio cuenta de que nunca llegaría a la orilla. Por eso, empezó a izarse por la cadena hasta cubierta.

Era de borda baja y pudo subir fácilmente. Cuando posó ambas manos en cubierta, todo su cuerpo tembló, literalmente aniquilado por el esfuerzo.

Jadeando, subió centímetro a centímetro y entonces una poderosa linterna le enfocó.

Estaba casi inconsciente, pero aun así vio el rostro contraído de un tripulante que empuñaba un cuchillo a punto de descargarlo sobre él.

Era el final, definitivamente.

Pero una voz femenina detuvo aquel brazo. Kenny ya no supo más.

CAPÍTULO VII

—¿Se encuentra mejor?

Los párpados le pesaban de un modo increíble y durante unos instantes se vio impotente para alzarlos. Por fin abrió los ojos y los volvió a cerrar, heridos por el resplandor del nuevo día.

—Ha dormido muchas horas, señor Abbot. Estaba muy agotado cuando lo recogimos.

Volvió a mirar el rostro seductor y exótico de Fawzia. Por unos instantes, Kenny creyó soñar. Quizá incluso estaba muerto o agonizando en cualquier recodo de aquella horrible tumba y sufría pesadillas.

Se incorporó lentamente. Era el camarote de una embarcación. Las maderas de caoba le daban un tono confortable que revelaba una posición económica desahogada en su propietaria.

Fawzia le sonrió:

—¿Qué le Ocurrió, señor Abbot?

Kenny se pasó la mano por la frente y sus dedos se sorprendieron al hallar un apósito sobre la ceja.

—Creo que le debo la vida. ¿Sabe mi nombre?

—Me tomé la libertad de mirar su documentación por si en ella había alguna indicación especial para casos de accidente.

Sólo entonces se dio cuenta el muchacho que llevaba puesto un pijama de seda y que sus ropas estaban cuidadosamente plegadas y secas sobre una silla próxima. Junto a la cama, sobre una mesilla, había una jeringuilla hipodérmica y una caja de inyectables. Fawzia siguió su mirada y explicó:

—Estaba tan agotado que yo misma le receté ese estimulante. Espero que se encuentre bien.

—Ha sido usted un ángel para mí, Fawzia.

Arqueó ella las negras cejas.

—¿Averiguó mi nombre?

—Me lo dijeron los camareros del hotel —Kenny rió—. Es usted demasiado hermosa para que yo no lo advirtiera.

La bella egipcia desvió los negros ojos, en un gesto que parecía ruboroso.

—¿Es suyo este yate? —prosiguió Kenny—. Es digno de usted.

—Me gusta recorrer el Nilo en verano. ¿Cómo cayó al agua, señor Abbot?

—Conducía mi coche y... me desvié. No sé cómo pudo ocurrir, pero el caso es que me encontré en el Nilo. Me di un golpe en la cabeza y de algún modo conseguí salir a flote, seguramente porque estaba escrito que usted y yo debíamos conocernos. Solamente siento que en esta aventura no haya representado yo el papel de héroe salvador: de esa forma usted me estaría muy agradecida y eso haría indestructible nuestra amistad...

Fawzia lanzó una carcajada. Su busto juvenil se estremeció bajo la blusa de seda y tras los rojos labios aparecieron unos dientes blanquísimos y perfectos.

—Creo que el golpe de la cabeza le ha trastornado algo, señor Abbot.

—Llámeme Kenny.

—Me retiro para que pueda vestirse. Le aguardo en cubierta... Kenny.

Cuando quedó solo, el muchacho dejó de sonreír para pensar en lo casual de aquel encuentro. Fawzia, en un yate, en el Nilo, cerca de las tumbas... ¿Cuál era su relación con el misterio?

Estaba todo demasiado confuso y le dolía la cabeza lo suficientemente para impedirle pensar. Se vistió y arregló, y subió por fin a cubierta.

Fawzia se hallaba en la proa, acodada en el pasamanos, sola. Nadie más se veía en cubierta. La mañana era radiante y el sol ocupaba una posición alta en el firmamento. Aparentemente, el yate no se había movido de aquel lugar durante las últimas horas. Frente a ellos se alzaba Asuán, entre rocas y palmeras, y a la derecha la presa en construcción, en la lejanía.

Se acercó a la bella egipcia. Sus pasos resonaban en cubierta, pero ella pareció no escucharlos. Eso le permitió a Kenny admirar de cerca la prieta silueta femenina, la estrecha cintura, las piernas largas y proporcionadas, y las caderas firmes, rotundas, de mujer en

la plenitud de su hermosura.

Se situó junto a ella. El profundo escote mostraba una piel tersa y morena. Fawzia le miró de soslayo.

—No soy propicia al galanteo, Kenny —dijo ella, inesperadamente.

—Yo no he pensado...

—Una mujer siempre se da cuenta de las miradas masculinas y de lo que estas significan. Advertí en el hotel su asedio, Kenny.

El muchacho enrojeció.

—Antes habló usted de amistad —prosiguió ella—. Bien, seamos amigos... por ahora.

Le tendió la mano que él estrechó. Fawzia no la retiró, sin embargo, tan pronto como era de esperar después de sus palabras.

—¿Por qué me ha mentido? —Definitivamente, Fawzia era un pozo de sorpresas—. Anoche no cayó ningún coche al Nilo. Por el contrario, ha sido hallado el suyo verde en el Monasterio... y eso está un poco lejos de aquí.

—Usted sabe muchas cosas acerca de mí.

—Mientras usted dormía fui al hotel e hice algunas averiguaciones: fue muy fácil. Le están buscando.

—¿Les dijo dónde me hallaba?

Sonrió ella.

—Soy muy discreta. Si hablaba, podía ponerle a usted en un compromiso... y no es ese mi deseo.

—Es usted una mujer extraña, Fawzia.

Le cogió la otra mano. Frente a frente, se miraron a los ojos. Resultaba extraordinariamente difícil no abrazar a una mujer como ella teniéndola tan próxima.

—No lo haga —pidió ella, roncamente.

—Oh, parece leer mis pensamientos.

—Es usted como un libro abierto, Kenny —se soltó y volvió a inclinarse sobre la borda—. Y, sin embargo, no es como los demás miembros del equipo científico: usted desentona profundamente entre ellos.

—No soy arqueólogo, sino fotógrafo. Me enrolé en la expedición como una aventura...

—... que ha estado a punto de costarle la vida, ¿no es así?

—Sí; usted conoció a Herta Baum, ¿verdad? Fawzia volvió el

rostro hacia él.

—Sí; un triste final. Me enteré ayer.

—Yo maté la serpiente que la mordió. Pudo también haber acabado conmigo.

En la mirada femenina había un recelo creciente.

—Kurt y usted son buenos amigos, ¿no?

Ella negó.

—Apenas hemos conversado media docena de veces.

—Pero han tenido el tiempo suficiente para evidenciar sus diferencias. La noche en que Herta murió ustedes discutían.

—Es una suposición aventurada. Usted no conoce el alemán.

—Cierto, pero sus voces...

—¿A dónde quiere ir a parar, señor Abbot? —preguntó ella, tensa.

Kenny fijo sus ojos en las pupilas femeninas.

—Después de la discusión, Kurt fue detrás de usted, y poco después Herta moría.

—Creo que está relacionando peligrosamente unos hechos que...

—Hay algo que me dice que la muerte de Herta no fue accidental, Fawzia.

—¿Piensa en un... asesinato?

—No sé. Kurt podría aclararlo, pero Kurt ha desaparecido. ¿Usted sabe dónde puedo encontrarlo?

Fawzia se irguió altanera. Su busto adquirió una pujanza insólita.

—Será mejor que abandone el yate, señor Abbot.

Como por arte de magia había aparecido en cubierta la amenazadora figura del tripulante que empuñaba el cuchillo la noche anterior, cuando él subió al yate. Kenny fijó la mirada en el egipcio, cuyas manos estaban hundidas en los amplios bolsillos del pantalón.



Un rostro contrito empuñaba un cuchillo

—No será necesario que utilice a su guardián, Fawzia. Ya sé que es peligroso. Me gustaría saber por qué anoche estuvo a punto de acuchillarme. No es un modo correcto de recibir a la gente, ¿verdad?

—Tampoco es normal el abordaje a un yate anclado. Él pensó

que se trataba de un ladrón. Y ahora...

Era una despedida en toda regla. Kenny se consideró un estúpido por haber estropeado aquella posibilidad de entendimiento.

—Kaniel, acompaña al señor.

El tripulante señaló a estribor y Kenny se dirigió hacia allá. Una escala de cuerda colgaba hasta un bote sujeto a un lado del yate. Descendió por ella y Kaniel le siguió. Una vez en el bote, el egipcio empuñó los remos e impulsó fácilmente la pequeña embarcación hacia la orilla. Atracaron en un ribazo poblado de juncos y Kaniel le miró, como ordenándole que saltara. El muchacho extrajo un paquete de cigarrillos y lo ofreció a su silencioso acompañante.

—¿Fumas?

Negó el otro. Kenny encendió un pitillo e insistió en sus propósitos de amistad.

—¿A qué se dedica tu dueña, Kaniel?

El aludido achicó aún más los estrechos ojillos y pareció escupir:

—¡Márchese!

—Podemos ser muy buenos amigos, muchacho. Yo...

La única respuesta del egipcio fue sacar el mismo cuchillo que exhibiera la noche anterior.

—Está bien, está bien —asintió, conciliador, Kenny—. No es preciso adoptar actitudes tan dramáticas.

Tiró el cigarrillo al agua y saltó a la ribera. Acto seguido, Kaniel impulsó los remos con fuerza y se despegó de la orilla como una flecha.

En el yate, en el mismo lugar que la dejara, Fawzia continuaba acodada en la borda, mirando hacia él, tan impasible como la Esfinge que sus antepasados habían construido en las cercanías de Gizeh.

CAPÍTULO VIII

Entró en el hotel por el jardín a fin de evitarse las preguntas de sus compañeros acerca de lo ocurrido. Pero nada más trasponer la cancela vio a Cynthia sentada bajo un emparrado sombrío. La hermosa muchacha se incorporó vivamente y corrió a su encuentro.

—¡Kenny!

El impulso la echó en brazos del fotógrafo. Éste la abarcó por la fina cintura y no evitó que su mejilla rozara el rostro femenino. Cynthia se estremeció y se retiró suavemente, no sin que antes Kenny hubiera comprobado la turgencia de su cuerpo joven.

—No esperaba esta demostración de afecto, Cynthia.

Ella enrojeció.

—Hemos estado muy... inquietos.

—No pude suponerlo, pero... me alegro mucho. Eso me demuestra que en ti hay algo...

Cynthia le interrumpió.

—¿Dónde has estado, Kenny?

Seguía sujetándola por las manos y la atraía con suavidad. Cynthia, brillantes los ojos oscuros y entreabiertos los rojos labios, no opuso resistencia. Kenny la estrechó contra su pecho, extasiado por aquella dulce proximidad y la besó en los labios, largamente.

Cuando terminó la caricia, Cynthia parecía a punto de llorar.

—Hay algo que importa más que nada, Cynthia. Últimamente te he visto en compañía de ése... Dennis —se mordió los labios—. ¿Quiere eso decir...?

No terminó la pregunta por demasiado penosa. Ella, por toda respuesta, volvió a refugiarse en el pecho masculino y rodeó con sus brazos el ancho torso viril.

Volvió a besarla.

—Salí a dar una vuelta anoche y en la oscuridad caí y me golpeé contra una piedra. Estuve mucho tiempo inconsciente... —siguió

mintiendo—. Tanto que incluso perdí el sentido de la orientación y no supe regresar adonde había dejado el coche.

Ella le miró inquisitivamente.

—¿Es eso cierto?

—¿Por qué dudas?

Cynthia se retiró y regresó al emparrado, seguida por Kenny.

—Desde hace unos días estás metido en un lío, Kenny. Papá me ha dicho algo, pero ni él ni yo alcanzamos a ver lo que te sucede. ¿Por qué no te confías a nosotros?

—No sucede nada, de veras.

La muchacha le acarició el parche que cubría su ceja.

—Yo sí te creeré, Kenny. Sospecho que no quieres hablar más de lo que te sucede porque te ha herido la incredulidad de papá, pero yo soy diferente. Siempre lo es una mujer, cuando ama...

Terminó en un susurro cándido que impulsó a Kenny a tomarla otra vez en sus brazos, con ansiedad.

—No debes inquietarte por nada: no es preciso. Yo saldré con bien de esto, ya verás.

Cynthia fue a decir algo, pero en ese momento apareció Burton.

—¡Me pareció oír voces y me acerqué...! —exclamó, mirando curiosamente a Kenny—. Hemos estado varias horas buscándole Kenny. Venga y cuéntenos su aventura. Estamos reunidos en el bar. El profesor incluso llamó a la policía.

Cuando entró en el bar del hotel, el profesor Anderson acudió a su lado.

—¡Kenny, muchacho! ¿Qué te ocurrió? ¡Cuéntenos!

El oficial de policía Ornar Zayat se abrió paso entre los arqueólogos.

—¿Está herido? Veamos qué le sucedió.

Le miraba con desconfianza. Sus ojillos negros le taladraban y Kenny sintió inquietud, porque advertía un peligro creciente.

Repitió su historia con la misma vaguedad que utilizara con Cynthia. Nadie iba a creerle si decía la verdad, con excepción de quienes utilizaban la tumba con fines que aún ignoraba. Zayat le vigilaba con la misma crueldad que el tigre al acecho para capturar su presa en cuanto saliese de su protección. Hablar de sellos violados ante él, que era el custodio de los mismos, equivalía a ponerse en sus manos.

Anderson gruñó, cuando terminó su falso relato.

—¿Quieres decir que perdiste el sentido de la orientación y no pudiste hallar el coche?

—Así es, profesor.

Zayat terció.

—¿Pasó toda la noche en el desierto?

—En efecto.

—¿Quién le curó la ceja? —preguntó Burton.

—Entré en una farmacia.

—¿Cuál? —insistió Zayat.

—No recuerdo. Desconozco la ciudad. Y ahora, si me lo permiten, estoy muy fatigado... Necesito descansar.

Se dirigió al vestíbulo del hotel para que el ascensorista le llevase al piso donde se hallaba su habitación, pero antes de entrar en la jaula oyó su nombre.

Se volvió. Era Zayat. Mostraba los dientes como un felino.

—¿Hace falta que le diga que no he creído una sola palabra de lo que ha contado, señor Abbot? —Hizo un gesto para cortar la incipiente protesta del muchacho, y añadió—: Después de una noche en el desierto no tendría el traje planchado y la camisa limpia. No formamos un país supercivilizado, pero no somos tontos. No desearía crearle problemas, señor Abbot, pero me gustan las cosas claras. Vaya a descansar y cuando se haya recuperado pase por mi oficina para contarme la verdad. ¿Me comprende?

Le volvió la espalda con giro marcial y se alejó a pasos largos y precisos. Kenny se humedeció los labios. Había demasiadas amenazas en aquella actitud tan correcta.

Fruncido el entrecejo y preocupado llegó a su habitación. Cerró la puerta a su espalda y se quitó la chaqueta. En el armario tenía la chaqueta de trabajo confeccionada con tejido fresco. La sacó de la percha y la tiró sobre el lecho para cambiarse. Fue entonces cuando advirtió el sobre abultado en uno de los bolsillos.

Recordó las fotos de Víctor Kent y abrió el sobre. No estaba en condiciones de ir al lugar de las excavaciones, de modo que emplearía la mañana en hacer las copias solicitadas por el arqueólogo inglés.

Las miró distraídamente. Recordaba su aventura de la noche pasada. No era un sueño, sino algo completamente real. Por si

podría dudarlo, allí estaba la foto de las tumbas en la que veía la losa en distinta posición de la que tenía en la actualidad.

Se detuvo en la búsqueda. ¡La foto de las tumbas había desaparecido!

Volvió a mirar, una por una, las cartulinas sin hallarla. Apretó los labios, furioso. Durante su ausencia alguien la había robado, pero ello no serviría de nada mientras él tuviera el negativo...

Una sospecha le asaltó.

Entró en el cuarto anejo que utilizaba como laboratorio y miró el armario donde guardaba los negativos en sus correspondientes bolsas.

Una rápida inspección le convenció de la inutilidad de su búsqueda.

También le habían robado la película negativa. Es decir, habían desaparecido las pruebas de que una de las tumbas había sido violada. Sin esas pruebas, ninguna autoridad se decidiría a practicar una investigación, a menos que él declarase...

Volvió al dormitorio, sintiendo un súbito calor. Era evidente que él estorbaba y que debería andar con ojo si quería impedir que lo matasen. Era casi seguro que ya sabían que había estado en la tumba; aunque no conocía los motivos, su muerte estaba dictada.

Se quitó la camisa de manga larga y abrió la maleta para ponerse una fina, de tejido de esterilla y manga corta.

El aire escapó de sus pulmones, sibilante. Dilatados los ojos, confuso, Kenny miró durante unos instantes el puñal que había desaparecido de los hallazgos realizados por el equipo de arqueólogos. Un puñal oxidado por el tiempo, de punta y cortes romos, y con el mango en forma de serpiente, similar a la que había causado la muerte de Herta.

Kenny se humedeció los labios, tratando de encontrar una razón para que le hubieran puesto el puñal robado en su maleta. ¿Pretendían acusarlo de ladrón? No parecía probable. Era demasiado ingenuo. Aun considerado como tal, podría revelar lo que había visto en la tumba...

Sacudió la cabeza. No; a él tenían que matarlo. Y, a ser posible, de una forma accidental.

Pero ¿dónde estaba la trampa allí?

Continuó mirando la maleta. ¿Otra serpiente, escondida esta vez

entre su ropa?

Quizá. Pero, entonces, ¿por qué el puñal?

Tomó una decisión. Cerró la maleta, fue a por uno de los trípodes y regresó. Con él removi6 la ropa hasta convencerse de que allí no habíá ningún reptil. Revisó cuidadosamente todos los rincones de la maleta y al hacerlo el puñal rodó hasta uno de los costados y saltó al suelo.

Al caer, se escuchó el chasquido de unos muelles y, horrorizado, Kenny vio cómo brotaban súbitamente dos dientecillos de las profundidades de la empuñadura, precisamente en el lugar donde debiera haber estado su mano, caso de haberlo cogido.

Se arrodilló junto a la traicionera arma, creada varios milenios atrás seguramente para matar a un rival peligroso sin riesgo alguno.

Sirviéndose del pañuelo cogió el arma por la hoja y examinó el resorte.

Los dos dientecillos eran afilados y estaban recubiertos por una sustancia viscosa, poco perceptible. Sin duda un veneno activísimo.

En aquel momento llamaron a la puerta. Kenny guardó el puñal en la maleta y fue a abrir.

Se trataba de Ahmed. Su rostro moreno estaba ceniciento y respiraba agitadamente, como la noche en que le habló por vez primera de los fantasmas de las tumbas.

—¡Oh, por fin ha vuelto, señor!

—¿Qué te pasa, Ahmed? Pareces asustado.

—Lo estoy, señor. He... he descubierto algo terrible.

Kenny cerró la puerta. Le preocupaba la actitud de su criado.

—Está bien, serénate y cuéntamelo todo.

—¿Qué le ha ocurrido, señor? ¿Le atacaron?

—He pasado una experiencia muy dura, Ahmed. Y ahora...

El fiel criado hundi6 las manos en los bolsillos buscando algo, pero antes de que terminara su movimiento volvieron a llamar a la puerta.

—¡Abran en nombre de la Ley! —La voz de Omar Zayat sonó autoritaria desde el pasillo.

Kenny miró a su criado.

—¿Te has metido en algún lío?

—No, señor. ¡Le juro que no! A no ser...

—¿Qué?

Ahmed sacó del bolsillo por fin una bolsita de plástico, plana, con polvillo blanco.

—¿Qué es esto? ¿Dónde lo has conseguido?

—Encontré un paquete, con bolsitas como ésta, entre las rocas próximas a las tumbas.

Fuera, volvieron a golpear autoritariamente en la puerta.

—¡Abra de una vez, señor Abbot! ¡Sabemos que su criado está allí!

Ahmed se estremeció.

—¿Vienen a por mí? ¡Sálveme, señor!

—No temas, cuidaré de ti.

Retrocedió velozmente hasta entrar en el cuarto de baño y tiró la bolsita al interior del depósito del agua. Cerrada por completo y aislado su contenido por el plástico, permanecería indeleble hasta que pudiera recogerla...

Volvió al dormitorio y franqueó la entrada.

Ornar Zayat iba acompañado por dos miembros de su policía.

Sin mirar a Kenny lanzó una orden en árabe y sus dos esbirros se precipitaron sobre Ahmed.

Pero Kenny bloqueó la salida con su cuerpo.

—Yo diría que es incorrecta su actitud: al menos debería explicarme...

Zayat debió lanzar una maldición en su lengua materna.

—No se interponga en el normal curso de la policía o... tendrá complicaciones, señor Abbot.

—Nada más lejos de mi intención. ¿Por qué detienen a mi criado?

—Hemos encontrado en su domicilio algunos efectos personales de Kurt Baum, incluso su cartera con documentación y dinero. Ustedes denunciaron su desaparición y... creo que puedo informarles ya de lo ocurrido.

Kenny inhaló aire para contener su cólera.

—¿Quiere decir que acusa a Ahmed de haber asesinado y robado a Kurt?

—No he dicho tal cosa, señor Abbot —respondió muy suavemente Zayat—. ¿Por qué piensa que su compañero fue asesinado?

—Se me ha ocurrido, en vista de su desaparición. El policía le

fulminó con la mirada.

—Creo que su actitud es sospechosa. Mejor será que nos deje pasar.

Ahmed se debatía entre las manos de sus captores.

—¡No me abandone, señor! —suplicó, aterrado.

—No temas ni digas nada, Ahmed. Yo te proporcionaré un abogado y cuanto sea preciso. Pero, sobre todo, no firmes ninguna declaración ni hables.

El policía se congestionó al gritar:

—¡Cállese, Abbot! ¡Está interponiéndose en mi trabajo!

Kenny se quitó de la puerta.

—Recuerde que proporcionaré a Ahmed todo cuanto él precise.

El oficial señaló la puerta a sus subordinados y éstos se llevaron a un Ahmed que pataleaba y se resistía inútilmente.

—Acompáñeme, Abbot —ordenó el policía, apeando el tratamiento y abandonando toda cortesía.

—¿Por qué?

—¿Se niega a hacerlo?

Era un momento difícil. Kenny se dio cuenta de que de su actitud dependía su seguridad futura.

—Iré con usted.

—Veo que es inteligente.

Cuando salían del hotel se cruzaron con Cynthia. Por la expresión de su mirada, Kenny comprendió que adivinaba que algo anormal ocurría.

Se acercó.

—¿A dónde vas...?

Zayat torció el gesto.

—Tenemos que aclarar algunos puntos.

Kenny añadió:

—Habla con tu padre: que avise a un abogado y al consul.

Entraron en un coche y a través de estrechas callejas llegaron a la sede de la policía. Lo primero que hicieron fue internarlos en sendas celdas, incomunicadas entre sí.

Al escuchar la cerradura tras sí, Kenny notó un escalofrío a pesar del calor infernal que reinaba en aquel agujero sin ventilación. Las paredes y el único banco estaban pringosos y un olor a humanidad corrompida hacía insufrible el lugar. Kenny, prietos los puños, trató

de hacer acopio de paciencia, aunque en su pecho rugía la tormenta. Ante sus ojos bailaba la untuosa sonrisa de Ornar Zayat, henchido de suficiencia y malos instintos. Aquella visión le impulsaba a desear aplastar a puñetazos las facciones odiosas del policía, pero su buen sentido le decía que aquello equivalía a un suicidio.

Pasaron varias horas sin que nadie pareciera recordar que estaba sumido en aquel agujero infecto. Ni el menor rumor llegaba hasta allí, como si deliberadamente le hubieran arrojado a un pozo del que únicamente saldría cuando hubiera muerto de inanición.

En vano fue que golpeará la puerta estruendosamente. Ni el menor rumor le comunicó que su ruidosa protesta hubiera sido escuchada.

Agotado, frenético por lo injusto de su situación, se sentó en el seboso banco, la cabeza entre las manos y los ojos fijos en el negruzco suelo. Según su reloj, era la hora del atardecer cuando unos cerrojos crujieron no lejos de allí y luego, casi al instante, la puerta le fue abierta.

Un carcelero fornido y grasiento, con negro vello rebosándole por el escote de la camiseta azul, bloqueó la entrada.

—Fuera —masculló en un inglés detestable.

Kenny se incorporó y avanzó hacia la salida. El guardián se hizo a un lado y luego le precedió por los mismos pasillos y sótanos hasta subir a las dependencias oficiales.

En su despacho, Omar Zayat estaba más pulcro y repeinado que nunca. En contraste con él, Kenny era un pordiosero: arrugada la ropa, humedecida por el sudor la camisa, cubiertas las mejillas por la barba y revuelto el cabello, no ofrecía un aspecto tranquilizador. Cualquiera hubiera pensado que era un delincuente habitual.

—Espero que pueda justificar su proceder —masculló el muchacho, apoyándose en el escritorio y volcando su cuerpo por encima del mismo para acercarse al policía.

Éste le miró fijamente durante unos segundos, en silencio. Luego, su voz fue más suave que nunca:

—Esperaba encontrarle definitivamente tranquilizado, señor Abbot. ¡Siéntese!

El muchacho obedeció, pero en su mirada ardía la misma expresión inquietante.

—Llevo ocho horas encerrado en ese agujero infecto... y eso es

un abuso de autoridad. ¿De qué se me acusa?

—Puedo ordenar que lo encierren allá durante muchas horas más... sin dar explicaciones a nadie, ni formular acusación alguna. ¿Quiere que se lo demuestre?

El muchacho tardo en contestar. Estaba desfallecido, agotado por la falta de descanso y sediento. Miró a su captor y se dio cuenta de que no pestañearía al dar la orden precisa que serviría para sepultarlo vivo en aquella cloaca.

—¿Qué quiere de mí?

—Eso está mejor. Voy a dejarle en libertad, ¿le parece bien?

—¿Quiere escuchar mis palabras de agradecimiento?

—No; no es preciso. Hoy me siento generoso. Incluso voy a darle unos consejos: usted ha violado demasiadas veces la Ley y los usos de esta tierra. No se ha limitado a cumplir con su trabajo, sino que ha prestado mucha mayor atención a actividades... peligrosas.

—Peligrosas... ¿para quién?

—Para usted, en primer lugar. Ha tenido mucha suerte, pero... nunca he visto que la suerte acompañe demasiado tiempo a la misma persona.

—¿Me está amenazando? Le agradecería que hablara más claro.

—Lo haré, sí. Su permiso de residencia ha caducado —tiró de uno de los cajones y sacó el pasaporte de Kenny. En una de las hojas estampó un sello de caucho y luego escribió una fecha y trazó su firma—. Dentro de cuarenta y ocho horas deberá estar fuera del país. Si hiciera caso omiso de esta orden, usted volverá a nuestros sótanos y no creo que tenga la salud suficiente para resistir un largo encierro de esa clase —le tiró despectivamente el pasaporte y silbó —: Y ahora, vaya al hotel y haga sus maletas.

Kenny se incorporó y guardó el pasaporte. Antes de marcharse, preguntó:

—¿Y Ahmed?

—Se ha confesado culpable. Acertó usted al decir que Kurt Baum había sido asesinado. Ahmed arrojó el cadáver al Nilo y mucho me temo que los cocodrilos lo hayan devorado.

Era absurda aquella posibilidad, pero Kenny juzgó más prudente no insistir. Con una última mirada en la que revelaba su desprecio y rebeldía abandonó el despacho.

Sólo en la calle, mientras miraba la dorada luz del ocaso, respiró

libremente. Más que nunca en aquel instante la vida le pareció hermosa.

CAPÍTULO IX

Cuando entró en su habitación se dio cuenta de que la habían registrado. Lo primero que miró fue su maleta. Por supuesto, el puñal ya no estaba allí: el culpable no quería que nadie pudiera examinar posibles huellas o analizar la clase de veneno utilizado en los dientes del resorte, pues eso podría servir de pista.

Salvo eso no faltaba nada más. Después de los últimos acontecimientos estaba en condiciones de comprender parte de lo ocurrido. Sin duda, algo ocultaba la tumba de los nobles de la sexta dinastía; algo de suma importancia a juzgar por los resortes de la entrada. Que algún miembro de la expedición arqueológica estaba relacionado con esa tumba, con la muerte falsamente accidental de Herta y con la desaparición de Kurt Baum quedaba fuera de toda duda, puesto que a él mismo habían querido asesinarlo por dos veces para silenciarlo y evitar que siguiera investigando. Pero había además el asunto del puñal. Sólo un miembro de la expedición podía haberlo robado. Lo sustrajo, sin duda, porque descubrió el resorte de la empuñadura y pensó que podría serle útil en el caso de tener que matar a alguien. Toda persona que ve un puñal de extrañas características lo toma en sus manos de una forma instintiva, y esta curiosidad de la víctima bastaría para que los dientecillos envenenados cumplieran con su misión mientras el asesino estaba muy lejos del lugar de su crimen, en compañía de tantos testigos que nadie dudaría sobre su inocencia.

Parado en mitad de la habitación, Kenny dejó que sus pensamientos corrieran veloces. Pensaba en John Burton, el metódico y silencioso arqueólogo que encontró el puñal. El más que nadie pudo descubrir su dramático secreto, puesto que lo estudió durante varios días...

Pero ¿qué podía unirle a la tumba? Ciertamente él, Kenny, era un profano en la materia, pero aquella tumba tan bien guardada

carecía de valor científico por lo que podía haber visto: no tenía tesoros, ni momias de excepcional trascendencia que justificaran el desordenado deseo de ser el único en revelar un secreto trascendental para la ciencia. No era aquélla una tumba tan sensacional como la de Tutankhamón.

Al recordarla, sintió otra vez un escalofrío que no pudo dominar. La aparición surgida del sarcófago todavía desequilibraba, su entendimiento, lejos de aquel ambiente casi irrespirable, podía enfrentarse por vez primera con sus recuerdos, ya que los acontecimientos inmediatamente posteriores habían alejado aquella preocupación de su mente.

Indudablemente había aseo en el fondo del sarcófago, un ser humano. Aparentemente se trataba de una momia envuelta en blanco sudario, pero no estaba ceñida por tiras de lienzo como las restantes. Además, no podía justificarse de ninguna forma el súbito movimiento de la misma. Aunque todo parecía producto de una pesadilla, Kenny estaba seguro de haber oído el estertoroso jadeo. Después, aquella forma alucinante extendió una de sus manos hacia él, se incorporó y una mancha, de sangre empapó el sudario que la cubría...

Mordiéndose los labios, el muchacho comprendió de pronto la realidad.

No: no era una momia dotada de vida por arte de algún hechizo para vengar la violación de su eterno descanso, sino alguien que agonizaba por la herida del pecho.

Alguien que al verle trató de pedirle ayuda.

Kurt Baum.

La revelación le hizo estremecerse.

Porque había tenido al alcance de su mano a un compañero al que había abandonado a su suerte, solamente por un ataque de terror.

No dudaba ya. Habían disparado contra Kurt Baum y, creyéndole muerto, lo depositaron allí en espera de poder deshacerse del cadáver.

Pero en realidad no estaba muerto y cuando él, Kenny, llegó, Kurt trataba de obtener un auxilio que no logró.

Se pasó la mano por la frente y la halló sudorosa. Respiraba con fatiga ante la presión angustiada de los recuerdos.

Por último, estaba Ornar Zayat y su absurda acusación contra Ahmed. ¿Tenía el oficial de policía alguna relación con los crímenes y el misterio de la tumba? Era lo más probable. Él era el custodio de los sellos de las tumbas, y Kenny había comprobado que éstos habían sufrido manipulaciones. Luego, contribuían a considerarlo culpable o cómplice sus amenazas. Pero si era así, ¿por qué lo había puesto en libertad? Ciertamente que lo había expulsado del país, pero no bastaba. Kenny podía manifestar a cualquiera sus sospechas y provocar una investigación.

La idea siguiente le inquietó. Sólo muerto dejaría de ser peligroso, pero ni siquiera un oficial de policía corrompido podía matar a un prisionero en su celda. Para hacerlo impunemente debía ponerlo antes en libertad.

Kenny se humedeció los labios secos por la zozobra y cerró la puerta con el pasador. Luego hizo el equipaje y cuando hubo recogido sus cosas recordó lo ocurrido antes de su detención.

Sí; Ahmed había descubierto algo, y Zayat le siguió hasta aquella misma habitación, pero no fue lo suficientemente rápido y el fiel criado le entregó aquello por lo que había sido detenido.

Lo encontró en el depósito del baño. El registro no había llegado hasta allí.

La bolsita de plástico fue examinada cuidadosamente por el muchacho. El polvo blanco reposaba dentro de su envoltura impermeable, y a pesar de su inocuo aspecto, Kenny creía advertir un maligno significado en él.

La abrió y examinó mejor el polvillo. Lo olió y probó, y la conclusión fue reveladora.

¡Cocaína!

Eso vertía luz sobre todos los puntos oscuros de la trama. La tumba no era más que un depósito, un punto de enlace de la mercancía que surcaba el desierto a lomos de camellos. Las luces que viera Ahmed no pertenecían a fantasmas, sino a los porteadores de la droga. El resorte de la puerta de la tumba facilitaba el acceso a ésta. Desde allí, otra organización se encargaría de conducirla a Europa y América, pero ¿cómo?

Puesto que alguno de los arqueólogos estaba complicado en aquéllos la respuesta era fácil: la droga pasaba camuflada en los restos arqueológicos hallados en las excavaciones. Kenny recordaba

que regularmente se enviaban los objetos hallados fuera del país, sin ser revisados en la Aduana para su estudio y clasificación en los distintos Museos y entidades que patrocinaban las investigaciones.

Aquello era demasiado grave, sobre todo porque alguna de las personas con las que había convivido durante varios meses era el autor de aquel tráfico innoble.

Fue al teléfono y aguardó a que la telefonista se pusiera al habla.

—Por favor, comuníqueme con el profesor Anderson.

—Lo siento, pero el profesor y sus colaboradores no han regresado todavía del Monasterio.

—¿Cómo dice? ¿Están allí? ¿Quiere decir que han pasado el día en el lugar de las excavaciones?

—Así es, señor. Salieron todos con los coches por la mañana, y todavía no han regresado. Pero no creo que tarden. ¿Quiere que transmita al profesor algún mensaje?

Kenny pensaba velozmente, buscando una idea.

—No, no, gracias. No es preciso.

Devolvió el auricular a la horquilla. Mientras él estaba en la cárcel, el profesor había continuado su trabajo sin ocuparse de él...

Sacudió la cabeza. Era muy confuso todo y estaba demasiado fatigado para ordenar sus ideas. Una cosa era cierta: Ahmed había encontrado la bolsita de cocaína en un paquete entre las rocas próximas a las tumbas. Un paquete que los portadores habrían perdido en la noche...

Llamaron a la puerta. Kenny se sobresaltó. Si Ornar Zayat le encontraba con la cocaína en la mano nada le salvaría de largos años de cárcel.

Corrió el lavabo y tiró el polvillo por el desagüe al tiempo que abría el grifo. La bolsita la arrojó al *closet* y después de comprobar que no había rastro comprometedor abrió la puerta.

—¡Kenny!

Cynthia le abrazó. Estaba pálida y llorosa.

—¡Qué alegría al verte de nuevo! —Sus labios estaban húmedos y cálidos—. Cuánto celebro que papá te haya ayudado a salir. Pero... ¿qué significa ese equipaje? ¿Te vas de viaje?

—La policía me ha expulsado del país.

—¡No pueden hacerte eso! ¿Por qué?

—Al parecer, soy peligroso para alguien.

—¿De qué hablas? —Cynthia continuaba junto a él, tiernamente estremecida—. ¿Estás en algún lío?

—Creo que sí, nena.

—¡Papá impedirá que te expulsen!

—Temo que no pueda hacer nada. Por otra parte, creo que es lo mejor: he estado a punto de morir demasiadas veces y uno no puede gozar siempre de la misma suerte.

La muchacha le miraba con una zozobra que la hacía más bonita que nunca. El fotógrafo se dijo que podía considerarse realmente afortunado por contar con el amor de una mujer como Cynthia.

—Entonces, te acompañaré.

—Eso es una locura.

—¿Por qué?

—Si quieren matarme de verdad, como sospecho, tú serías una víctima demasiado fácil.

—No me importa; a tu lado...

—No.

La apartó y cerró las maletas. Luego descolgó el teléfono y pidió un criado para bajar el equipaje.

—Me llevaré uno de los coches.

—¡Espera al menos para despedirte de papá!

Kenny la miró durante unos instantes, largamente. Luego sacudió la cabeza.

—Es mejor así, créeme.

Cynthia se interpuso en su camino.

—¡Oh! ¿Por qué hablas de esa forma? ¡No te entiendo, Kenny! Parece... parece como si nunca más volvieras a verme.

—Quizá sea eso cierto. Sé que tratarán de impedir que llegue a El Cairo.

—Pero ¿quién?

—Saberlo tampoco me serviría de mucho.

Llamaban a la puerta. Kenny abrió. Un empleado del hotel entró y se llevó el equipaje. Cynthia besó a Kenny largamente en los labios.

—Iré detrás de ti todo el tiempo y nos reuniremos en El Cairo. ¿No lo deseas?

—Eres la mujer con la que he soñado siempre, Cynthia, pero en estos instantes no puedo pretenderte. Sería... sería como una

traición.

—¿Por qué?

—Algún día quizá lo sepas.

No podía decirle lo que pensaba porque era una sospecha demasiado amarga. Ella pareció intuir algo y tornó más fuerte el abrazo. Sentirla tan próxima era como la agonía del sediento a la vista del manantial de agua. Aquel cuerpo joven y caliente le turbaba hasta la extenuación, pero no podía rendirse a su atractivo poderoso. No podía estrecharla entre sus brazos y devorar sus labios con besos apasionados, aunque renunciar a ello constituyera la peor de las torturas.

—Adiós, Cynthia.

Se apartó y bajó a la calle. Poco después en su coche verde salía de Asuán.

Fuera de Asuán detuvo el coche y encendió Un cigarrillo. Aquella huida era, además de estúpida, suicida. Tenía por delante 982 kilómetros antes de llegar a El Cairo; es decir, casi un millar de ocasiones para caer en una trampa mortal. Si lo pensaba era cierto, Omar Zayat no le dejaría ir muy lejos ni tampoco la persona que desde su inocente apariencia de arqueólogo manejaba los hilos de aquel tráfico de drogas.

Él era la única persona que todavía podía inquietarles: Herta había muerto y, según todas las probabilidades, su marido también; Ahmed no podría declarar nunca y él, Kenny, tenía las horas contadas.

Sólo una cosa podría salvarle; una sola.

Acudir a la policía de alguna de las ciudades próximas y denunciar el tráfico y los posibles dirigentes del mismo.

Pero necesitaba pruebas, algo que le sirviera para convencer a las autoridades, a fin de que éstas le protegieran.

Y esas pruebas sólo podría hallarlas en las tumbas.

Tiró el cigarrillo por la ventanilla. Ahora se alegraba de haber salido de Asuán. Todos le creerían lejos de allí cuando en realidad se encontraba muy cerca. Eso le permitiría moverse con mayor libertad sin temor a ser sorprendido.

Sonrió. No estaba vencido. Por el contrario, se hallaba en inmejorables condiciones para asestar un golpe mortal a los causantes de tantos delitos.

Había muy poca luz, pero la suficiente para conducir a través del desierto sin encender los faros. Abandonó la carretera y se introdujo por los arenales. Tenía que dar una amplia vuelta a fin de no cruzar por lugares poblados, pero disponía de mucho tiempo.

A marcha lenta se fue acercando al Monasterio y a las tumbas. Dejó el coche entre unas palmeras y caminó por un sendero, ya envuelto en sombras.

Poco a poco fue acercándose a la mole del Monasterio. No había luces ni señal alguna de vida. Eso le confió.

Entraría otra vez en la tumba, pero cuidaría de que la puerta no se cerrase, a fin de salir fácilmente de allí.

Cuando estaba cerca vio de pronto un destello entre las rocas. Kenny se inmovilizó. Era una linterna manejada por alguien que buscaba algo cerca de las tumbas.

El paquete de cocaína perdido por los porteadores.

Sonrió en la oscuridad. No había más que una sola persona allí, quizá el cerebro que manejaba la organización.

Ahora podría desenmascararlo. Realmente había tenido mucha suerte.

Fue aproximándose sin el menor ruido y con un rodeo se situó a espaldas del que manejaba la linterna.

El círculo de luz rastreaba el suelo, en silencio...

No había el menor rumor, ni siquiera viento. Deslizándose como un felino, Kenny se aproximó al máximo a su presa y trató de distinguir sus facciones, pero la oscuridad era muy intensa y la luz reflejada por la arena no bastaba para identificarlo.

De pronto gritó:

—¡Alto! ¡No haga ningún movimiento o dispararé! ¡Tengo una pistola en la mano!

El que mandaba la linterna se inmovilizó y miró hacia atrás. Pareció que iba a iniciar una defensa desesperada, pero la voz de Kenny le persuadió de lo contrario:

—Está descubierto. Ese paquete de droga que busca lo tengo yo —mintió, para descorazonarle.

Salió Kenny de su escondite con una piedra en la mano fingiendo que era una pistola y avanzó hacia su prisionero.

—Realmente he tenido suerte —comentó—. Al fin he descubierto al que manejaba el tráfico.

El otro movió la linterna, y Kenny dio un respingo al reconocer las facciones de Fawzia.

—¿Usted?

La hermosa egipcia tenía la barbilla erguida.

—¿Kenny Abbot?

—Sí; ustedes creyeron que me había marchado de Asuán, pero hice algo mejor. Zayat y usted no podrán disfrutar del producto de sus delitos.

—¿Zayat?

—¿Va a negar que es cómplice? Él me amenazó directamente en su oficina por haberme entrometido en esto. Oficialmente me ha expulsado del país, pero en realidad era una treta para tenerme libre y poder asesinarme impunemente. ¿Quién de los dos es el jefe? ¿El o usted?

—Usted parece saber muchas cosas, Kenny.

—Lo sé todo, Fawzia. Lo siento, pero no tendré más remedio que entregarla a las autoridades. Pero a quienes no estén corrompidas, porque entregarla a Zayat sería tanto como ponerla en libertad.

—¿Ha descubierto lo del tráfico de cocaína?

—Sí; y también sé que la tumba sirve de punto de enlace.

—¿Quién le ha hablado de eso?

—Yo entré ahí y vi los resortes que mueven la puerta automáticamente. Dentro encontré lo que me pareció una momia dotada de diabólico movimiento, pero en realidad debía tratarse de Kurt Baum, que agonizaba a consecuencia de sus heridas... ¿Por qué lo mataron?

—Él era cómplice en el tráfico de drogas, pero se puso nervioso y estaba a punto de hablar.

—¿Y Herta?

—Aquella noche siguió a su marido hasta la tumba, creyéndole infiel conmigo. Ella vio cómo él entraba acompañando a los portadores de la droga.

—Y hubo que quitarla de en medio.

—Creo que sí.

—¿Tiene el cinismo todavía de admitirlo?

—¿Y usted qué papel juega en este caso?

—No soy más que un testarudo fotógrafo al que no le gusta que le tomen por tonto. Empecé a investigar por curiosidad y ahora

debo hacerlo porque mi vida peligró. O ustedes o yo, Fawzia. Lamento que sea usted, tan hermosa, quien haya dirigido todo este tráfico y que sea la causante de todas esas muertes, pero no puedo dejarla en libertad. Si lo hiciese, usted y Zayat me asesinarían para impedir que les delatase.

—Creo que sufre un error, Kenny.

—No se esfuerce por distraerme, Fawzia. No soy sensible a los encantos femeninos cuando mi seguridad peligra.

La hermosa egipcia alzó algo la voz.

—No le haga daño, Kaniel.

El muchacho oyó en aquel instante un rumor tras él. Quizá fue tan sólo la intuición lo que le hizo volverse, pero el gigantesco egipcio ya estaba sobre él y le golpeaba.

Cayó cuán largo era. Trató de incorporarse, pero Kaniel le sujetaba con el peso de su cuerpo y cerraba sus manos en torno al cuello del muchacho.

Fawzia buscó en el suelo la pistola y sólo encontró la piedra.

—¿Era esto la «pistola» con la que me amenazaba? —Sí, maldita sea.

—Suéltalo, Kaniel.

El gigante se apartó y Kenny resolló recobrando el ritmo de su respiración.

—Es usted muy temerario, Kenny. Le admiro.

—Déjese de palabras bonitas y dispare de una vez. ¿O espera quizá a Ornar Zayat?

—No quisiera que nos encontrase aquí, francamente.

—Lo dice como si lo temiera.

—Digamos que militamos en distintos bandos.

—¿Qué dice? —La perplejidad del muchacho era evidente.

La hermosa egipcia se acercó a él, cimbreado su elástico cuerpo. Su piel dorada parecía tener luz propia en la quietud de la noche; al menos, el amplio escote resultaba extremadamente brillante.

—Vea esto, Kenny.

Recibió un carnet de manos de la egipcia. Ella misma enfocó la linterna sobre la cartulina.

Allí estaba la fotografía y el nombre de Fawzia. Pero no era aquello lo más importante, sino el epígrafe del documento.

—¿Interpol?

Kenny vaciló. Los ojos de Fawzia fulgían en la oscuridad.

—¿Comprende ahora?

—No... mucho.

—Hace varias semanas que investigo el tráfico de drogas. Teníamos sospechas y me enviaron a este lugar.

—¿Usted sola? ¿Una mujer?

—Nadie podía sospechar de mí. Paso por ser una rica terrateniente que ama el lujo y la vida aventurera a bordo de su yate. El único peligro que corría era el de interesar a los donjuanes, como usted.

—Fawzia...

—Pero me siento suficientemente pagada con su turbación de ahora. ¿Amigos?

Le tendió la mano. Kenny la estrechó. Estaba cálida y parecía afectuosa. Para probarlo, ella misma se colgó de su brazo.

—Volvamos al yate: creo que tenemos que hablar mucho.

CAPÍTULO X

Fawzia le sirvió un vaso de *whisky* con hielo y ella eligió un refresco.

—¿Sorprendido todavía?

Estaban solos en el camarote que él ya conocía y que ahora se daba cuenta que pertenecía a la hermosa egipcia.

—No puedo negarlo. Ha debido divertirse mucho conmigo.

—Me tuvo intrigada, se lo aseguro. Por la forma de entrometerse en este asunto pensé que era el jefe de la organización.

—¿Cuándo quedé libre de sospechas?

—Hace unos minutos, cuando me acusó de ser yo misma la organizadora del tráfico de drogas.

Kenny rió.

—No cabe duda de que he tenido suerte. De ser así, Kaniel me hubiera matado.

—Y yo lo hubiera lamentado.

El muchacho miró a Fawzia. Ella había hablado de un modo impulsivo y ahora empezaba a sentirlo.

—Es usted más humana de lo que pensaba.

La besó suavemente en los labios. Al contacto de sus bocas, Fawzia tembló y se apartó vivamente. Le volvió la espalda, turbada, y se alejó para mirar por la escotilla.

Pasaron unos minutos de silencio durante los que sólo se oyó el tintineo del hielo contra el vaso empuñado por Kenny. Luego, éste susurró:

—¿Puedo ayudarla?

—Usted ha vivido en compañía de los científicos. ¿Sospecha de alguno?

—¿Todavía no conoce la identidad del culpable?

—Si lo supiera ya lo habría detenido.

—Pero Ornar Zayat sí está complicado.

—No tengo evidencias. ¿No puede responderme?

Kenny pensó unos instantes.

—La verdad es que... no. Es una acusación muy grave.

—Sin embargo, se trata de alguno de ellos. Kurt Baum era cómplice y faltó muy poco para que hablara. Le tenía acorralado cuando usted interrumpió nuestra conversación aquella noche en el pasillo.

—¡Cuánto lo siento!

—No sirve de nada lamentarnos. Le di un ultimátum para que me ayudara o lo detendría. Pero el caso es que no he vuelto a verlo. ¿Usted dice que lo vio en la tumba?

—Supongo que se trataba de él.

Fawzia volvió a acercarse. Ya no era una mujer dominada por sus sentimientos, sino una perfecta máquina investigadora.

—Debo darme prisa. Si es cierto que Zayat está complicado, no vacilaré en obrar contra mí.

—En cierto modo, yo estoy a su lado también, Fawzia. Igual peligro me acecha. ¿Puedo serle útil?

—Creo que sí... caso de que le guste el papel de cebo para pescar un buen pez.

Kenny sonrió.

—No es muy grato, pero... creo que yo tengo una buena idea...

La mirada de la egipcia se animó.

—Le escucho.

—Soy fotógrafo, ¿no? Y creo que conozco numerosos trucos del oficio. ¿Le bastaría para prueba una buena fotografía del culpable?

—¿Es usted capaz de conseguirme algo así?

—Dispongo de los aparatos precisos. Basta con instalar una cámara en el interior de la tumba.

—¿Y de qué luz dispondrá para hacer la foto?

—Un *flash*.

—El brillo de la luz relámpago alarmará a nuestra presa que no dudará en destruir la cámara y velar la película.

Kenny sonrió.

—Olvidé decirle que utilizaré película infrarroja y un *flash* recubierto con un filtro emisor de rayos infrarrojos, invisibles. La fotografía se realizará en la oscuridad.

Fawzia sonrió también.

—Oh, es usted... maravilloso. ¿Y quién accionará el disparador?

—Por fortuna soy muy caprichoso y me gusta poseer todos los adelantos de fotografía. Antes de venir a Egipto compré el último accesorio aparecido en el mercado. Un disparador automático por una célula fotoeléctrica. Mientras la oscuridad es total no ocurre nada, pero basta el brillo de un fósforo ardiendo para que la célula origine una débil corriente eléctrica que, debidamente amplificada, impulsa el disparador.

—Si lo consigue, pediré para usted una medalla de la Interpol.

—Me basta con salvar la vida, puede creerlo. Haré esa instalación y luego volveré al hotel. Creo que sabré inventar una historia tal que impulse al culpable a visitar inmediatamente la tumba. Irá provisto de una linterna, forzosamente, y esa luz hará funcionar el mecanismo. Luego bastará con revelar la película y...

—¿Podrá hacerlo aquí mismo? ¿Tiene los productos Necesarios para revelar película Infrarroja?

—Sirven los mismos reveladores que para la fotografía normal. Si nuestro hombre no descubre la cámara, le prometo resultados excelentes.

Fawzia le cogió las manos.

—Instale ahora mismo esos aparatos, Kenny. Debemos darnos prisa. ¿Quiere que le acompañe Kaniel?

—No creo que sea necesario, pero sí más prudente. Antes de salir, Kenny volvió a besar aquellos rojos labios tan tentadores.

CAPÍTULO XI

Con la bolsa de cuero al hombro, en la que había metido la cámara y los accesorios, Kenny se llegó hasta la losa que cubría la entrada de la segunda tumba. Kaniel, como una sombra pegada a la roca, gruñó una despedida.

—Si ocurre algo avísame: bastará con que golpees la losa con otra piedra. Yo oiré el sonido y comprenderé.

Kaniel asintió y cruzó el claro hasta esconderse detrás de unas rocas próximas.

El muchacho se humedeció los labios y enfocó la linterna hacia los sellos que guardaban la entrada. Manipuló en el que ya conocía y suavemente la losa giró sobre los engrasados goznes.

Kenny entró y no pudo evitar un escalofrío al sentir aquel olor turbio acumulado durante milenios. La losa de granito, impulsada por el resorte, volvió sobre sí misma para encajarse, pero Kenny interpuso una piedra en el dintel. El golpe seco fue aumentado lúgubrementemente en la oscuridad de la tumba, pero la entrada quedó expedita.

Enfocó la linterna hacia el interior. La cueva se prolongaba en una serie de zigzags descendentes que terminarían en la tumba propiamente dicha.

Kenny los recorrió con la confianza que le daba conocer el terreno que pisaba. Ante la entrada de la sepultura volvió a ver la efígie impresionante que emergía de las sombras, parcialmente iluminada por la linterna. Su expresión feroz causaba inquietud aun a quienes tuviesen los nervios mejor templados.

Dejó allí el estuche con los útiles de fotografía y entró en la cámara mortuoria para comprobar si continuaba allí el cuerpo que vio surgir del sarcófago.

Traspuso el umbral y de pronto algo se le vino encima.

La linterna cayó de su mano y se apagó al golpear el suelo. Tras

él en la nuca un jadeo ansioso le helaba la sangre en las venas. Algo le ceñía el cuello cortándole la respiración.

Kenny se dobló pero la presa era demasiado fuerte y no cayó al suelo. Aquellas manos le sostenían con rudeza, ahogándole sin piedad.

Sentía Kenny agolpársele la sangre en los oídos al tiempo que una debilidad creciente agotaba su cuerpo. Se daba cuenta de que iba a morir irremisiblemente si algo no lo impedía, pero no podía hacer nada por salvarse.

Dejó de luchar de pronto y se plegó como si hubiera muerto realmente. Era la única treta que podía emplear y no resultaba fácil que su agresor cayera en ella.

Pero sintió que las manos aflojaban la presión. Kenny se desplomó mientras respiraba cuidando de no hacer el menor ruido. Por el contrario, su enemigo jadeaba ruidosamente dando pruebas de la violencia de su esfuerzo.

Encendió un fósforo y se inclinó sobre el muchacho.

A través de los entrecerrados párpados, Kenny le vio acercarse y oyó la exclamación de sorpresa y satisfacción de su enemigo, cuyas facciones permanecían en la oscuridad.

Únicamente vio la pistola que había sacado del bolsillo y con la que le estaba apuntando cuidadosamente para no fallar el disparo.

Kenny saltó en aquel instante. Sus dos pies golpearon el vientre del asesino que aulló de dolor. El violento impacto le obligó a soltar la pistola y el fósforo, volviendo a quedar ambos a oscuras.

Pero el muchacho no quería desaprovechar aquella oportunidad y saltó ciegamente hacia el lugar donde había visto caer a su rival.

Lo encontró, retorciéndose en el suelo. Sin piedad le golpeó con toda la fuerza de que disponía dado su estado. Pero estaba animado por una furia superior a cualquier debilidad y sus impactos restallaban duramente contra la anatomía de su enemigo.

Éste dejó de debatirse. Kenny aún le golpeó la cabeza contra la roca y luego encendió otra cerilla.

Silbó al reconocer las facciones de Ornar Zayat.

Estaba inconsciente y en su rostro se advertían las señales de los golpes.

Kenny buscó su linterna cuya bombilla estaba rota, como suponía, pero había ido provisto de recambios y unos instantes

después disponía nuevamente de luz.

Entonces vio lo que Zayat había estado haciendo. Junto al sarcófago reconoció el cadáver de Kurt Baum, en parte envuelto en una lona, sin duda para sacarlo de allí y arrojarlo al Nilo, a fin de que sus propios agentes lo hallasen con objeto de justificar la acusación hecha a Ahmed.

Volvió sobre sus pasos y en los bolsillos del policía encontró unas esposas con las que ciñó sus muñecas. Luego lo arrastró al rincón más alejado de la puerta y una vez seguro de que no le acechaba ningún peligro, empezó a disponer la trampa en la que caería el cerebro de la organización.

Los miembros del equipo científico aún no se habían recuperado de su sorpresa al verle aparecer en el comedor privado reservado para ellos.

Kenny, sentado en su puesto habitual, miraba a los reunidos con una sonrisa satisfecha en los labios. Jugaba al ratón y al gato, sólo que en aquel instante él se veía convertido en un lustroso felino, potente, ágil y malintencionado que preparaba su plan para engullirse limpiamente al ratoncito.

Sus compañeros hablaban entre sí animadamente, comentando las palabras de Kenny y la resolución de Omar Zayat de expulsarlo del país. Allí estaba Gower Anderson, levemente pálido, en la cabecera de la mesa, jugando con unas migas de pan; junto a él, Cynthia parecía ansiosa por correr, junto a Kenny; Dennis Welck no podía ocultar el despecho que le producía el interés de Cynthia; John Burton, frío y equilibrado como siempre, parecía estar por encima de aquellas cosas; Víctor Kent había pedido permiso para fumar su pipa, síntoma indudable de nerviosismo. Todos centraban su atención en Kenny.

Éste aguardó a que el camarero les dejara solos para decir:

—Hay algo más, amigos. Mientras salía de Asuán pensé que mi expulsión podía ser simplemente una treta para poder asesinar me con mayor facilidad, de modo que decidí visitar las tumbas.

—Pero ¿quién puede desear tu muerte, Kenny? —preguntó Anderson.

—La misma persona que mató a Herta y a Kurt.

—¿Kurt muerto? —Gruñó Burton—. Es la primera noticia que tengo.

—He visto su cadáver —Kenny seguía los gestos de cada uno de los reunidos—. Lo he encontrado en el Interior de la segunda tumba.

El profesor lanzó una exclamación.

—¿Has profanado esa tumba?

—No se alarme, profesor. No he roto ningún sello, si es eso lo que teme. Alguien se encargó mucho antes de montar un dispositivo automático para abrir la losa que cierra la cueva. Basta apretar el sello central y unos resortes mueven la pesada piedra de granito, permitiendo la entrada.

—¡Eso es... fantástico! —susurró Cynthia, muy abiertos los ojos—. ¿Te has atrevido a entrar?

—Era demasiado tentador todo aquello.

—Pero ¿quién ha podido montar semejante dispositivo en una tumba que tiene más de cuatro mil años de antigüedad? ¡Eso es absurdo, Kenny! ¿Es algún chiste?

Burton le taladraba con sus ojos penetrantes.

—Responde a la realidad. Si no lo creen, puedo hacerles una demostración ahora mismo.

—Estamos todos demasiado cansados para prestarnos a ese juego ahora —rechazó Burton.

El muchacho miró Interrogativamente al correcto arqueólogo. Parecía ansioso por evitar cualquier visita por la noche...

—Como les decía, entré en la tumba y hallé el cadáver de Kurt Baum: creo que lo asesinaron porque sabía demasiado y estaba a punto de hablar.

—¿Hablar de... qué? —preguntó Dennis Welck, nervioso—. ¡Es estúpida esa historia que cuenta! ¿No ve que está asustando a Cynthia?

El muchacho miró a la hija del profesor. Parecía afectada en verdad.

—¿Quieres que deje sin terminar mi historia?

—No, por favor, continúa —respondió ella, valientemente.

—Gracias. También encontré allí a alguien, cuya identidad les sorprenderá —se pasó la mano por la garganta y tragó con dificultad—. Estuvo a punto de matarme —mostró el cuello donde se advertían las huellas amoratadas de los dedos que trataron de asfixiarle y escuchó el grito de Cynthia—. Se trataba de Ornar

Zayat.

Víctor Kent retiró la pipa de su boca.

—¿El oficial de policía?

En efecto.

—¿Qué hacía allí? ¿Y por qué quiso estrangularle a usted?

—¿No lo comprenden todavía? Ornar Zayat es cómplice.

—¡Pero, por el amor de Dios! —gritó Dennis Welck, dando un puñetazo en la mesa—. ¿Cómplice de qué...?

—Es verdad: no lo había dicho. Esa tumba sirve de enlace y depósito del mayor tráfico de drogas que se hace a través de Egipto. En una de las últimas expediciones, a uno de los porteadores se le cayó un paquete con bolsitas de cocaína: eso me dio la clave de todo.

Burton tabaleó sobre la mesa.

—Ha dicho que Omar Zayat es cómplice en el tráfico y eso quiere decir que por encima de él hay alguien más.

—En efecto.

—¿Quién?

—No lo sé. Pero nos lo dirá Ornar Zayat. Lo tengo prisionero en el fondo de la tumba, maniatado con sus propias esposas. No podrá escapar.

—Pero... nosotros no tenemos ninguna autoridad para interrogarle: somos incluso extranjeros.

—Tendremos que pedir ayuda a la policía de la capital. ¿Alguno de ustedes podría ocuparse de llamar a El Cairo? Yo... me encuentro demasiado fatigado...

El profesor Anderson se incorporó.

—Me encargaré yo mismo.

Poco a poco salieron los demás miembros del equipo científico. Solamente quedaron en la mesa Cynthia y Kenny, con un amplio espacio entre ellos. La muchacha se incorporó y fue junto a Kenny. Luego, le besó suavemente en los labios.

—Lo único que me importa es que estés aquí otra vez, a mi lado.

—Gracias. Yo... No sé cómo decirte. También me siento feliz aquí. Sólo deseo que termine esta pesadilla cuanto antes.

Ella le pasó la mano por la frente.

—¿Por qué no descansas un poco?

—No estoy seguro de lo que ocurriría durante mi sueño.

—¿A qué te refieres?

—¿Olvidas que alguien desea matarme?

La puerta se abrió para dar paso al camarero que llevaba una bandeja con los cafés. Al ver el comedor casi desierto hizo un gesto de sorpresa, pero Cynthia le hizo una seña para que se acercara.

—Creo que lo necesitamos —dijo mirando a Kenny. Éste asintió. El camarero abandonó el comedor, una vez que hubo dejado la bandeja al alcance de ambos, y Cynthia eligió dos tazas. Sirvió café en ambas y bebió a continuación la cálida infusión.

—Lo han hecho muy cargado, como a mí me gusta.

Kenny lo paladeó y suspiró.

—Creo que tienes razón.

Cynthia volvió a besarle.

—Quiero que me prometas una cosa: ahora debes descansar un poco, y mañana, al amanecer, nos iremos los dos de este país. Juntos. No me importa lo que piensen los demás. Tenemos derecho a ser felices...

El muchacho se incorporó y llevando de la cintura a la hermosa mujer salieron del comedor. Juntos, en el ascensor, subieron a los dormitorios. En el pasillo se despidieron nuevamente. Luego, Kenny entró en su habitación.

De pronto, al cerrar la puerta, sintió que las paredes giraban en torno y que él se derrumbaba de bruces sin que nada pudiera evitar su caída.

CAPÍTULO XII

Notaba un balanceo suave, como si le acunaran. Al mismo tiempo oía trajinar a su lado.

Abrió los ojos y vio a un hombre con gafas con montura de oro y rostro impenetrable. Era un egipcio de facciones inteligentes, de una nobleza indefinible. Junto a él, Fawzia seguía atentamente las manipulaciones del doctor.

—Esta inyección le pondrá bien del todo, señor Abbot —dijo el de las gafas.

Sintió el pinchazo y luego una reacción agradable. Fawzia le limpió el sudor de la frente.

—¿Qué... me ocurrió?

—Sufrió un envenenamiento. Por fortuna, yo pensé que podría ocurrirle algo parecido y llegué a tiempo. ¿Se encuentra bien?

Kenny se incorporó en la cama. No estaba en el hotel, sino en el yate de la hermosa egipcia. Por la escotilla vio la luz del nuevo día y entonces recordó su plan.

—¡La cámara de la tumba!

—No se preocupe. Todo está en nuestras manos.

—¿Funcionó?

—Sí; la hemos recogido y ya tenemos las fotos reveladas.

—Se han dado prisa.

—No podíamos aguardar a que usted se recobrase.

—¿Encontraron a Zayat?

—Sí; muerto.

—¿Lo mataron?

—Él podía hablar y le silenciaron, de igual forma que a Kurt Baum.

—Pero la cámara fotografiaría al asesino.

Fawzia tenía una expresión triste.

—Sí.

—¿Quién es?

La muchacha fue a un armario y sacó un sobre grande que contenía fotografías.

—No hemos actuado todavía. Quería hablar antes con usted.

—¿Conmigo?

—Sí; no va a gustarle, Kenny.

El muchacho saltó de la cama. Estaba completamente vestido, tal y como le sorprendió el desvanecimiento.

—¿Qué me oculta, Fawzia?

—Descúbralo usted mismo.

El muchacho abrió el sobre y sacó la primera foto. Lentamente, como si sus piernas se negaran a sostenerle, se sentó en el borde de la litera...

Cynthia le abrió la puerta y le miró largamente.

—¡Kenny! Me dijeron... Yo también he estado a punto de morir. Bebí del mismo café... Todavía no estoy recuperada... ¿No entras?

El muchacho cerró la puerta del dormitorio de Cynthia y se apoyó en la hoja de madera. Ella le miraba con extraña expresión.

—¿Por qué me miras así, Kenny? ¡Me asustas!

—Es... algo delicado lo que vengo a decirte.

Ella cruzó la distancia que los separaba y enlazó el cuello masculino con sus brazos.

—Nada puede ser tan horrible que nos separe —susurró.

Esta vez, Kenny no podía responder a sus caricias.

—He traído unas fotos, Cynthia.

Le dio el sobre. Ella tardó en sacar la solapa y meter los dedos dentro en busca de las cartulinas.

—¿De qué se trata?

Las miró. Sufrió un estremecimiento y luego sus ojos oscuros centellearon.

—¿Tú? ¿Las sacaste tú?

—Sí, Cynthia. Preparé una trampa y... caíste en ella. Lo siento. Me duele que hayas sido tú.

Cynthia retrocedió.

—¿A qué has venido?

—Lo sabemos todo. La Interpol también. No vale la pena que resistas, Cynthia. Has debido estar loca para organizar un tráfico tan... horrible. Creo que tu padre morirá de dolor cuando lo sepa.

¿Por qué, Cynthia? ¿Es que te faltaba algo?

La hermosa mujer siguió retrocediendo hasta el tocador. Tenía prietos los rojos labios y una mirada enloquecida en los ojos que podían ser prometedores en cualquier instante de intimidad.

—Carecía de todo, Kenny. ¡Yo no he nacido para vivir entre arenales y momias! Me gusta vivir como una reina, y...

—Tu ambición te ha destruido. No hagas las cosas difíciles, Cynthia. La Interpol no te ha detenido para evitar un escándalo. Ven conmigo. Inventaremos alguna historia para justificar tu desaparición, y...

Ella se movió rápidamente y abrió uno de los cajones. Kenny corrió hacia ella para impedir que se apoderara de algún arma, pero no llegó a tiempo.

La mano de Cynthia se cerraba sobre el puñal de la sexta dinastía hallado en las excavaciones.

—¡No, Cynthia, no lo hagas! —gritó Kenny.

Pero oyó en aquel instante el chasquido del resorte que impulsaba hacia afuera los dientecllos envenenados.

En el rostro femenino hubo una crispación levísima. Luego, la misma mano, devolvió el puñal a su sitio.

En los rojos labios había una mueca que pretendía ser una sonrisa mientras miraba los dos puntitos rojos que habían aparecido en su mano.

—Esto es mejor.

—¡Qué loca has sido, Cynthia!

—Ahora me doy cuenta, y... veo que no era tan importante lo que perseguía. Creo que empiezo a comprender mi error... Perdóname, Kenny. Quise matarte...

Cayó de rodillas. La mano se amorataba rápidamente y en los ojos aparecía un brillo vidrioso.

Kenny se inclinó sobre ella y la tomó en sus brazos. En un susurro, Cynthia le dijo:

—Hay un cuaderno en mi equipaje... con nombres y... direcciones. Forman la red distribuidora... Perdóname, Kenny.

El muchacho la estrechó fuertemente contra su pecho y luego la dejó suavemente tendida en la alfombra...

El yate se dejaba arrastrar por las aguas del Nilo. El timonel solo tenía que sortear los obstáculos que encontraba a su paso. En la

proa, Kenny y Fawzia miraban las turbias aguas que los conducían hacia El Cairo.

—No me ha gustado este triunfo —dijo Fawzia—. Ha sido demasiado triste.

Kenny asintió.

—Por fortuna, hemos podido presentar la muerte de Cynthia como un accidente. De esa forma, el profesor Anderson no padecerá el deshonor de que su propia hija comerciara con drogas.

—¿Qué piensas hacer ahora?

—Creo que tomaré unas vacaciones. Lo necesito. ¿Y tú?

Fawzia asintió.

—Yo también.

—¿A dónde irás?

Ella se encogió de hombros.

—No sé; dejaré que el yate me lleve por ahí.

Kenny miró en torno.

—¿Sabes que me está gustando? Dichosa tú que puedes disfrutar de él.

Ella le miró con expresión cálida.

—Bueno, podrías —se interrumpió y luego bajó los ojos.

—¿Qué ibas a decir?

—Algo no muy correcto. Olvídalo.

La miró. Quizá fue el leve rubor que advirtió en las mejillas femeninas o el brillo de sus ojos.

Fue un impulso repentino. La tomó en sus brazos y la atrajo hacia sí. Fawzia no se resistió. Por el contrario, entreabrió sus labios y golosos labios y aceptó el ansioso beso masculino.

—Aquí hay sitio para los dos, ¿verdad? —susurro él junto a la oreja femenina, mordisqueando el fino lóbulo.

—Eso quise decirte antes, pero... temí que me interpretaras mal. No está bien visto que una mujer declare su amor al hombre que necesita.

Sus labios, sin embargo, al alcanzar los de Kenny, contradecían con su ansiedad aquellas palabras.

FIN

Kelth Luger
Recuerdo
para una muerta



Precio:
7 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA S. A.



COLECCION CIRCULO AZUL

Las páginas más apasionantes de la historia y sus personajes más trascendentes, a la luz de las últimas investigaciones.



**EL PROCESO DE
NUREMBERG**

**LOS PAPAS DEL
MUNDO MODERNO**

EL ALAMO

**EL ENIGMA DEL
COLLAR**

LOS ROTHSCHILD

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

**COLECCION
CIRCULO ROJO**



Los archivos po-
liciacos abiertos
para Usted.

CRIMEN, S. A.
LA MAFIA
ANTOLOGIA DEL CRIMEN
T-MEN
EL MUNDO DEL DELITO
LIBRO NEGRO DEL CRIMEN
HOLLYWOOD ES MI REINO
LOS AÑOS SIN LEY
LIBRO NEGRO DEL CASTIGO
SEPTIMO INFIERNO
OPERACION BERNHARD
EL ROBO DEL SIGLO
INTERVIENE SCOTLAND YARD
PATRULLA ESPECIAL
INTERPOL
LOS ASESINOS
DELITOS DE SANGRE

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

 **COLECCION
CIRCULO BLANCO**



La aventura vivida

MI VIDA SUBTERRANEA
por Norbert Castaret

INVESTIGADOR SUBMARINO
por Lloyd Bridges
"Mike Nelson"

NIGER, LEYENDA Y REALIDAD
por Richard Owen

VOLANTES DE LA MUERTE
por Robert Daley

MI PADRE ES UN CANIBAL
por Sten Bergman

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 5 PTAS.

- | | |
|--|--|
| COLECCION "PIMPINELA"
841 — M. Esperanza Noyra
ENIGMAS DEL CORAZON
COLEC. "MADREPERLA"
737 — Mercedes Muntó
MÁS ALLA DEL ODIO
COLECCION "RUSAURA"
681 — Corín Tellado
CUMPLIMIENTO
DE PALABRA
COLECCION "AMAPOLA"
568 — Jesús Navarro
UN HOMBRE SERIO
Y FORMAL
COLECCION "ALONDRA"
502 — María Teresa Sanz
TRAMPA PARA
ENAMORADOS
COLECCION "CAMELIA"
442 — Carlos de Santander
MI NOVIA ESTÁ LOCA
COLECCION "CORAL"
129 — Corín Tellado
MI SECRETARIA
COLECCION "CORAL"
237 — Corín Tellado
PROMETIDA A LA FUERZA
COLECCION "CORAL"
7 — Corín Tellado
¿UNA MUJER PELIGROSA?
COLECCION "BISONTE"
782 — George H. White
UN HOMBRE LLAMADO
JOHN | Col. "SERVICIO SECRETO"
646 — Keith Luger
CIANURO PARA
EL ASESINO
COLECCION "BUFALO"
479 — Clark Carrados
LA PUERTA DE LOS
AHORCADOS
COLECCION "TEXAS"
347 — Orland Garr
CANCION DE MUERTE
COLECCION "CALIFORNIA"
226 — M. Lafuente Estefanía
EL GRAN GOLPE
COLECCION "COLORADO"
371 — A. Rolcast
EN LA LINEA DE TIRO
COLECCION "KANSAS"
237 — Fidel Prado
MONTE DE LOCOS
Col. "HEROES DEL OESTE"
219 — M. Lafuente Estefanía
FORJA DE UN PISTOLERO
COL. "ASES DEL OESTE"
189 — Tex Taylor
EL SIMPATICO LESTER
COLEC. "BRAVO OESTE"
101 — A. Rolcast
CABALLO DESBOCADO
COLEC. "PUNTO ROJO"
25 — Mikky Roberts
EL SECRETO DE LAS
TUMBAS
COL. "SELECCIONES S. S."
12 — Peter Debry
LAS DAMAS MATAN
RIENDO |
|--|--|

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 3 - Barcelona

Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires

**FIRMAS QUE REPRESENTAN A
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
EN LOS PAISES QUE SE CITAN**

- REPUBLICA ARGENTINA:** Editorial Bruguera Argentina
SAFIC, Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.
- BOLIVIA:** Alfonso Tejerina Cortez, Comercio, 1073 - LA PAZ.
- COLOMBIA:** Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Calle 18,
número 8-64 - BOGOTÁ.
- COSTA RICA:** Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Aparta-
do 1.924 - SAN JOSÉ.
- CHILE:** Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 355-B
SANTIAGO.
- DOMINICANA:** Librería Amengual - El Conco, 40 - SANTO
DOMINGO.
- ECUADOR:** Librería Selecciones, S. A. Benalcázar, 543 y
Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717
y Boyacá - GUAYAQUIL.
- GUATEMALA:** Gilberto Morales - 13 Calle número 5-43
GUATEMALA.
- MEXICO:** Editorial Istacchuatli, S. A. - Avda. Uruguay, 17
MEXICO.
- PANAMA:** Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este
número 5-51 - PANAMA.
- PARAGUAY:** Adolfo N. Buzó - Estrella, 380 - ASUN-
CION.
- PERU:** "Iris, S. A." Egón Rosenfeld - Jirón Moquegua, 336
LIMA.
- PUERTO RICO:** Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN
JUAN. (Para bolsilibros).
- SALVADOR:** Abelardo García Gandía - 2ª Avda. Sur, 520
Edificio Modelo. Apartamientos 304-305 - SAN SALVADOR.
- URUGUAY:** Domínguez y Espert e hijos - Paraguay, 1.485
MONTEVIDEO.
- VENEZUELA:** Distribuidora Continental, S. A. - Ferren-
quín a la Cruz, 173 - CARACAS.



Ina Bálín

Ina Sandra Rosenberg nació en Brooklyn, Nueva York, un día 12 de noviembre. Su primera actuación ante las cámaras fue en "Bus Stop" junto al célebre actor Don Murray.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORALEJA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 7 pts. • Impreso en España - Printed in Spain

